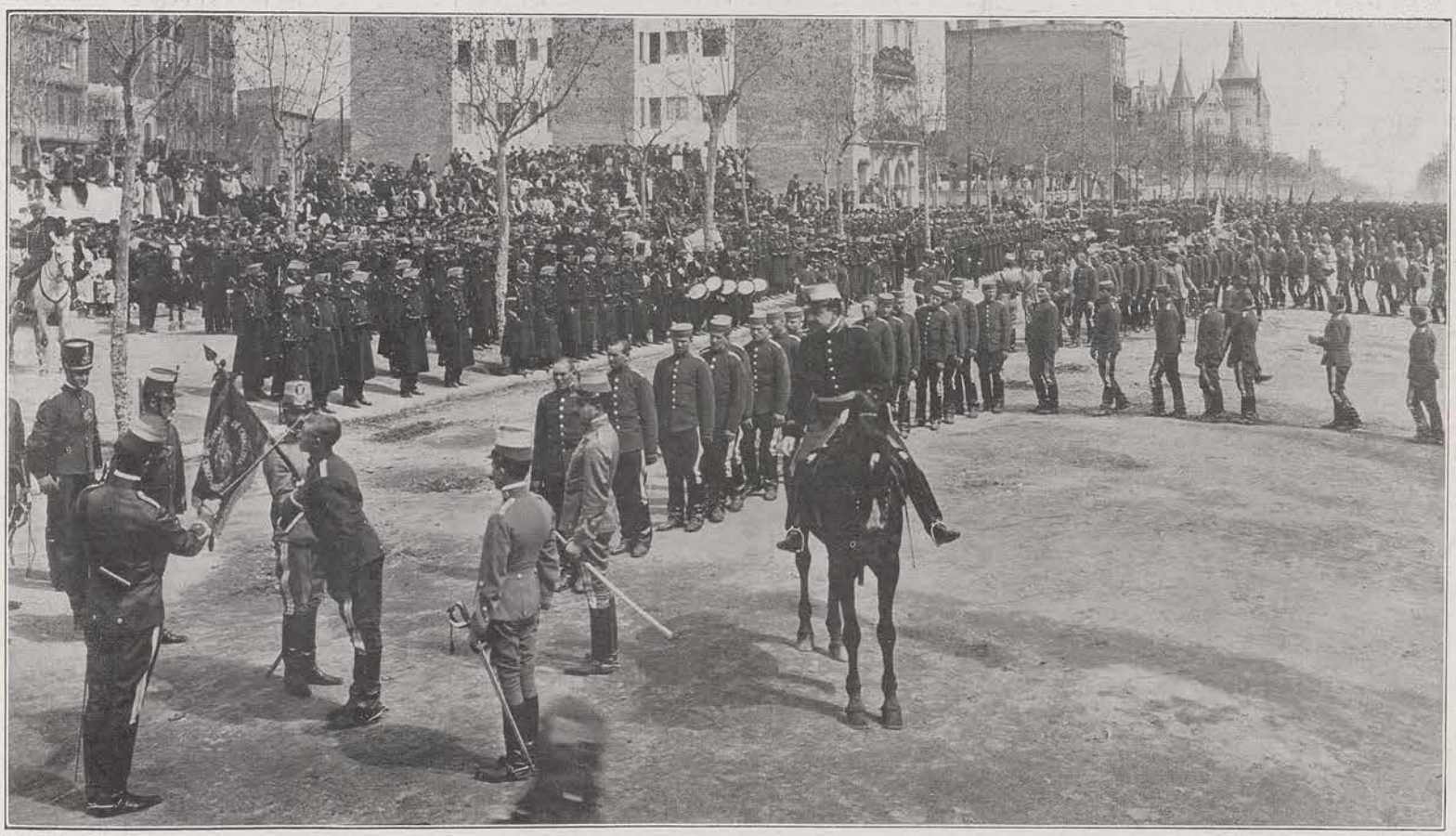
La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 6 de abril de 1908 — Núm. 1.371



Barcelona.—Jura de la bandera por los nuevos reclutas.— Los reclutas en el acto de besar la bandera. – Desfile de los reclutas y de las demás fuerzas de la guarnición después de la ceremonia. (De fotografías de A. Merletti.)

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. – *Tierra canaria. Junto al brocal*, por Angel Guerra. – *Barcelona. Estatua alegórica para el monumento conmemorativo de la reforma de la ciudad.* – *Pablo Antonio de Béjar*, por Manuel Carretero. – *El rey Eduardo VII de Inglaterra en Biarritz.* – *París. Exposición de productos de las pequeñas industrias regionales.* – *De Marruecos.* – *M. Lippmann y su nuevo descubrimiento.* – *El príncipe japonés Kuni en Barcelona.* – *Miscelánea.* – *Alegre*, novela ilustrada (continuación). – *De Mombassa al Victoria-Nyanza en ferrocarril*, por Carlos Allaud.

Grabados.—*Barcelona. Jura de la bandera por los reclutas.* – Dibujo de Calderé que ilustra el artículo *Tierra canaria. Junto al brocal.* – *Barcelona. Estatua alegórica para el monumento conmemorativo de la reforma de la ciudad*, boceto de Rafael Atché. – *Pablo Antonio de Béjar y algunas de sus últimas obras.* – *Biarritz. El rey Eduardo VII de Inglaterra en el gran concurso internacional de «golf.»* – *París. Grupo de mujeres y muchachas de las provincias representadas en la Exposición de productos de pequeñas industrias.* – *De Marruecos.* (Varias reproducciones fotográficas.) – *Gitana*, cuadro de Torres Fuster. – *Recuerdo de la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII*, cuadro de Julio M. Borrell. – *Enrique Lippmann.* – *Barcelona.* – *El príncipe japonés.* – *De Mombassa al Victoria-Nyanza en ferrocarril.* (Cinco grabados.) – *Venecia. Entrevista de Guillermo II y Víctor Manuel II.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Comienzo quieren las cosas, dice un viejo refrán. Y en cuanto á haber tenido comienzo no puede quejarse la reforma interior de Barcelona, pues ha sido inaugurada tres veces. También dice el pueblo que á la tercera va la vencida, y por ello, sin duda, la última inauguración, la que se verificó el día 10 de marzo, debe reputarse como la verdadera, ya que en las otras se había antepuesto el buen deseo á la posibilidad ó como quien dice se había empezado la casa por el tejado.

Difícil es reunir los fondos necesarios para una empresa de semejante magnitud y ardua la labor material que implica. Diríase que una vez obtenidos y asegurados estos factores todo ha de ser posible y la cosa ha de andar por sí misma, reduciéndose á coser y cantar. Y, sin embargo, el factor dinero y el factor trabajo é inteligencia para dirigirlo, quedan arrinconados y en segundo término ante otra labor inmensa, formidable, obscura, sin lucimiento, capaz de acobardar á las voluntades más firmes y bien templadas. Tendrá usted el capital indispensable, tendrá usted el plano mejor concebido, tendrá usted todo un ejército de arquitectos y trabajadores dispuestos á ponerlo por obra, tendrá inclusive la conformidad ó aquiescencia de los interesados, de los propietarios, de los vendedores y compradores de fincas, y con todas estas dificultades resueltas, la mejora puede diferirse años y lustros y hasta malograrse para *in æternum*.

¿Por qué? Porque es necesario abrir boquete en una montaña de papel, esto es, en la mole legislativa donde se embota la piqueta, donde se atasca la locomotora, donde se mellan las herramientas de mejor filo. Es preciso perforar el Alcubilla y vencer un pavoroso juego de resistencias y destruir una red endiablada de preceptos, prohibiciones y casuísticas sin término. Es el viejo *papelismo* obstruyendo y cerrando el paso á la iniciativa. Es el poder de lo inerte consumiendo en engrases, en amortiguar roces, en actividades invisibles y perdidas, cuatro quintas partes del esfuerzo total. Es la conjura de lo rutinario y de lo establecido, contra el empuje de lo futuro que avanza.

Suele sorprender al hombre europeo, como cosa de fábula, al leerla en libros y revistas, el crecimiento de las poblaciones americanas en el siglo XIX. Se alzan allí ciudades como nosotros levantamos barracones de feria. En lo que pocos años antes era bosque bravío, surge un emporio, como surge la mies de una á otra estación. Lo que en 1815 era un pequeño rancho ó factoría con mil habitantes escasos, en 1850 es una ciudad de 200 mil, en 1890 una capital fastuosa, una colmena industrial de un millón.

Pues esto que nos causa maravilla conocido de una manera indirecta, por impresión literaria, se esfuma y desvanece cuando se ha realizado á nuestra vista y al alcance de nuestra mano.

Por todo ello, cuando sigo al azar las vías espléndidas de la Barcelona nueva y trato de reconstituir imaginariamente la antigua disposición y apariencia de aquella inmensa superficie ocupada antes por la fortificación, por el foso, por la casamata, por las explanadas, por las huertas y viñedos, por las primeras *masías* de lo que fué campo abierto en fecha no muy remota; cuando trato de apreciar el conjunto de esfuerzos técnicos y económicos que aquella fecundidad arquitectónica supone, la acumulación de trabajo mental y trabajo muscular representado por tan formidables masas de edificios, el número inmenso de calorías gastadas sobre ese fragmento de la corteza terrestre en el trabajo de dominación y apropiación de la naturaleza por el hombre, entonces pienso también, con espanto, que esa actividad visible y que ha tomado forma corpórea, no supone nada todavía en comparación con otra actividad disipada, evaporada en el silencio y consumida, no en la remoción de terrenos, ni en la apertura de zanjas, ni en la desviación de torrentes, ni en el sistema de rasantes y alcantarillas, sino en la remoción del gran obstáculo español y neolatino: el *expediente*.

Cuando se escriba la historia del desarrollo de Barcelona—ó de Valencia, ó de Bilbao, ó de otra ciudad en progreso—tomándola desde el primer empuje de los Xifré y los Bacardí, hasta el derribo de las fortificaciones y la cesión de la Ciudadela; desde la aprobación del plano de Ensanche hasta la adquisición del de Baixeras para la reforma interior; desde la zanja de la calle de Aragón hasta el definitivo arreglo de la plaza de Cataluña, la apertura de la Gran vía diagonal y las vallas de la calle de Balmes..., los capítulos más densos y de mayor interés serán sin duda los consagrados al esfuerzo perdido: concertar voluntades, descartar inconvenientes, limar asperezas, desarmar á los que por ningún estilo quieren dejar hacer. ¡Cuántas horas invertidas en el conciliábulo y la conferencia, en la discusión, en el viaje á Madrid, en la antesala, en la postulación al ministro, en el recuerdo al negociado, y vuelta á empezar en seguida! De una dificultad surge otra; desvanecida una complicación, el choque de los intereses creados ó el simple ambiente de rutinaria hostilidad se encargan de prepararlas mayores. Cuando se tiene casi en la mano, al cabo de los años mil, la suspirada Real orden ó el inasequible Real decreto, cuando parece que ninguna sombra es capaz de obscurecer los optimismos, cuando todo está allanado y resuelto, una crisis intempestiva da al traste con la situación. Hombres nuevos, criterios distintos, conveniencias políticas opuestas, puntos de vista inconciliables. Vuelta á empezar otra vez, y otra, y otra. Cuando se da el primer golpe ó la primera paletada, se ha agotado un arroyo de tinta, un almacén de papel, un tesoro de paciencia.

Con esta última y definitiva inauguración de la reforma del casco antiguo, que trae consigo la apertura de la vía *A* del proyecto, coincidió el viaje de don Alfonso XIII á Barcelona. El apasionamiento con que se discutió así la oportunidad de ese viaje como las responsabilidades que, aconsejándolo, contraía el gobierno, queda completamente desvanecido. En el mecanismo de la opinión pública hay algo de automático y es la facilidad con que se disuelven los estados pasionales. Las cosas sacadas de quicio por una propaganda violenta vuelven por sí mismas á su natural posición y tamaño, así que deja de mirárselas con ojos congestionados, tan expuestos á la aberración visual. Fuera un pretexto diplomático la visita á la escuadra austro-húngara; no sirviera la visita del rey á Barcelona como pública rectificación internacional de las suposiciones malignas esparcidas á los cuatro vientos del mundo respecto á la desolación y pánico causados por el terrorismo, y así y todo el viaje del jefe del Estado no sería menos lógico.

Monarcas y presidentes de República acuden allí donde actúa una calamidad, un infortunio, una desgracia pública. Cuando la epidemia azota tales ó cuales pueblos, cuando un terremoto ó una inundación han devastado el país, la presencia del primer magistrado de la nación no paraliza ni borra ciertamente los estragos. Según este criterio materialista, el viaje está de más. Pero las costumbres modernas lo imponen como un acto de alta solidaridad política y social. Barcelona sufre, hace tiempo, los efectos de un tenebroso enemigo, de una conjuración diabólica é infame. Contra lo que un sistema de publicidad poco leal va difundiendo por el mundo, los barceloneses hacen cara á los peligros con ánimo entero y la ciudad prosigue estoicamente su obra de progreso, de desarrollo y de esperanza en mejores días. El terrorismo trabaja en Barcelona y maquina y consuma más ó menos periódicamente sus atentados; pero el *terror* no ha aparecido ni aparecerá probablemente en nuestras calles, cuyo aspecto es siempre normal, risueño y agitado. ¿Que existe peligro, inseguridad y riesgo próximo ó remoto? Pues los más altos poderes del Estado, las personas que los encarnan y simbolizan, van á compartir ese peligro, como prenda de la susodicha solidaridad que mejor se demuestra en adversas circunstancias que entre los halagos y vítores de los días gloriosos.

En medio de tantas contrariedades y como una noble protesta contra ellas, se da comienzo á la reforma interior, por tantos años acariciada y diferida. Empieza el derribo, abriendo brecha en un dédalo de callejas y callejones de la vieja edificación, en los cuales el interés artístico, pintoresco y costumbrista va por un lado y el interés higiénico y urbanizante por otro. El aire y la luz se disponen á penetrar en un barrio lleno de carácter hasta ahora que, por anticipado, mereció la poética despedida, el generoso tributo de las páginas de Emilio Vilanova en *Rialles y ploralles*, en *Pobrets y alegrets* y en tantos libros que conservan el secreto de todo aquel mundo humilde condenado á desaparecer y fundirse para siempre. Al mismo tiempo se inaugura la Universidad Industrial en los inmensos edificios y terrenos de la que fué fábrica de los Sres. Batlló; y una ráfaga de esperanza agita á la muchedumbre que allí se congrega, como advertida de que á la nueva institución le está reservado el empeño de preparar y hacer posible técnicamente un nuevo tránsito, un nuevo momento evolutivo de la industria de Cataluña, que siente ya la plena y noble codicia del mercado universal y quiere afrontar la lucha decisiva, á campo abierto y más allá de las fronteras...

Cuando se escriben estas líneas, una gran emoción suspende á Barcelona y atrae la curiosidad de toda España y aún de todo el mundo civilizado. Las sesiones del proceso Rull, que comenzaron en medio de una expectación inusitada, siguen con interés y sorpresa crecientes. Por fin la sociedad amenazada se halla en presencia de esa repulsiva esfinge del terrorismo, y la interroga. Un hombre torvo, maligno, enredador y rocambolesco, aparece como centro de una trama á trechos descubierta y á trechos subterránea y misteriosa. Este hombre prestaba sus confidencias á la autoridad á cambio de fuertes sumas de dinero: anunciaba atentados y los atentados se realizaban. Si se le atendía con largueza parecía estarse á cubierto de explosiones y cuando—como ocurrió con la bomba de la calle de la Boquería—el donativo de cien duros que había pedido se reducía á cincuenta, la máquina infernal sembraba la muerte en las calles más concurridas y populares.

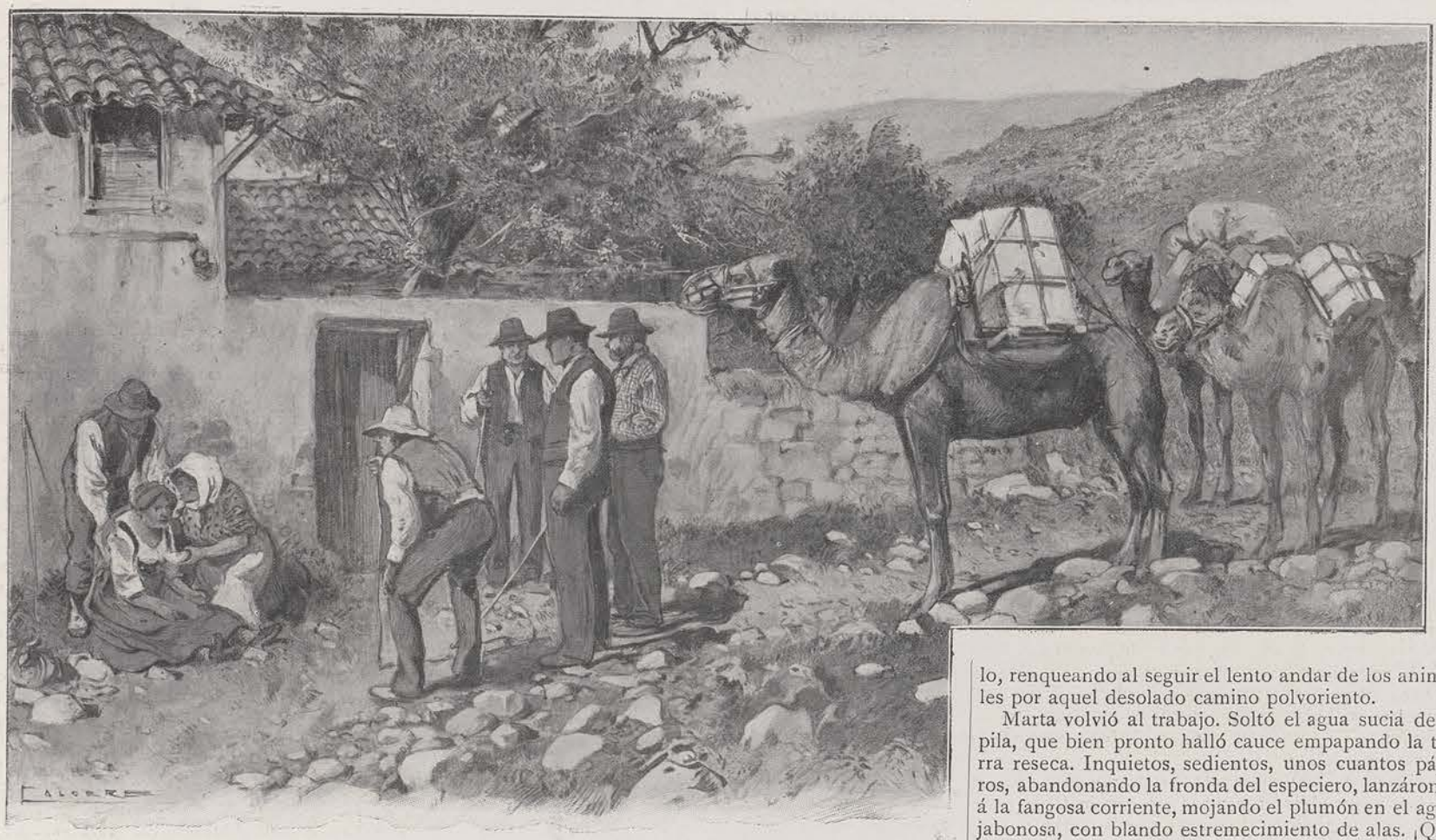
Alrededor de este hombre fué agrupándose un grupo heterogéneo de malvados, vividores y semiidiotas. Acaso no sean todos los que figuran en el proceso y quedara excluída de él, por la precipitación con que tuvo que procederse en los primeros momentos, la parte menos decorativa de la célebre «ronda.» De todas maneras el dilema que se formula la opinión pública no puede ser más riguroso: ó este hombre conocía el origen inmediato de los atentados, ó los organizaba para la explotación de la buena fe de las autoridades, combinando tal vez el estímulo de esa vil ganancia con el de su odio contra la sociedad. Ó ponía él las bombas, ó sabía quién era el autor. Toda su habilidad y marrullería de histrión no puede valerle ante esa disyuntiva; y las declaraciones han empezado á dar su fruto. Motivo de nueva emoción fué también el suicidio del procesado Ferrán, en su celda de la cárcel modelo, la noche del 29 de marzo, horas antes de la sesión del Jurado en que debía interrogársele.

El suicidio de Ferrán ha venido á recordar el del comandante Estheratzy en el famoso *affaire* Dreyfus. Nuevo incentivo á la curiosidad prestan las confesiones que, según parece, había hecho á un recluso que ocupaba la celda contigua y las frases enigmáticas con que le comunicó sus malas impresiones respecto á la vista, y la posibilidad de que «no se llegara á tiempo...»

Durante tres ó cuatro años el enigma de los atentados ha hecho en Barcelona un gravísimo estrago moral. Ha dado margen á todas las suposiciones, á todas las hipótesis y aun á todas las calumnias, acabando por arraigar una profunda y disolvente desconfianza, de todos contra todos. No ha habido explicación, por necia, inverosímil y disparatada que fuera, que no alcanzara adeptos y creyentes. Se explicaba lo sencillo por medio de lo complicado, lo lógico por medio de lo absurdo, lo obscuro por medio de lo obscurísimo. En medio de tan general y mutua recriminación, nadie quedaba indemne de la sospecha más que los anarquistas. Durante todo este tiempo, sólo llamándose anarquista se ha podido vivir al abrigo de toda acusación y de todo recelo.

Expuesta á errores es la obstinación de buscar á los culpables y de descubrir el móvil de su ferocidad sólo en un sentido, sólo en el sentido del odio ácrata; pero no es menos obstinado ni erróneo el prejuicio de excluir sistemáticamente á ese factor, dejándolo de lado y exento. Yo no diré que sea ni resulte de ese modo; pero puede ser y es verosímil que un confidente peque por el gasto y por el gusto, como vulgarmente se dice, y no sería hacer traición á los ideales que alguien satisficiera su odio contra la sociedad con el mismo dinero de las autoridades y de la burguesía. El tiempo, el gran desenredador de todos los misterios, nos dará algún día la clave integral de tanto enigma que empezamos ahora á descifrar por fragmentos.

MIGUEL S. OLIVER.



Sorbía con ansia, con una enorme codicia de sedienta

TIERRA CANARIA

JUNTO AL BROCAL

¡Qué sol! Retostaba la tierra, haciéndola exhalar un vaho caliginoso de entre los surcos resecos.

Gracias á que en aquel rincón, cerca del aljibe y bajo el alto especiero que sombreaba la pila en la que lavaba Marta, se podía resistir el calor agostizo. Era una gloria asomarse al brocal y sentir en el rostro el fresco embate de las aguas embalsadas y verlas abajo, en la obscuridad del aljibe, moverse, cuando las agitaba la sacudida del balde, con un dulce vaivén de pereza, blandamente, al son de un leve murmurio de rezo. Bajo el ramaje del especiero cubierto de un perenne verdor, había una mancha de sombra grata en medio de la calina sofocante del día; sombra que hacían más fresca las salpicaduras del agua de la pila cuando Marta batía la ropa con ímpetu enérgico de los brazos chorreando espuma de jabón.

Sólo cuando venía breve ráfaga de aire corriendo sobre el campo abierto, al caer desde la montaña al fondo del llano, arrastraba el vaho caliente de la tierra retostada, Marta respiraba con fatiga y por unos instantes, sofocada, suspendía la ímproba labor. Ya la llevaba bastante adelantada y antes de que anocheciera, mucho antes, confiaba darle remate. Las últimas piezas lavadas secaríalas el sol de la tarde.

Luego aquel silencio del campo y de la casa cortijera tenía algo de hondamente sugestivo. Ni un labriego se alcanzaba á ver sobre los pegujales de aquellos contornos. Allá en la lejanía, sobre un alcor, como si fuese el único ser vivo en los aledaños, un molino, con las blancas velas desplegadas por el poco viento, volteaba sus aspas indolentemente cual si se desperezara con trabajo en la modorra del día.

Marta, de pronto, paró en la tarea, asustada. Un ruido seco, muy próximo, la hizo sobrecoger de miedo. Hasta entonces no se había dado cuenta de su situación. Estaba sola. Su padre había ido al pueblo á entrevistarse con el amo, y la vieja Martina, su madre, estaba con grano al molino. Ni siquiera el perro, bravo y reñidor, siempre vigilante á la puerta de casa ó en las lindes, estaba allí.

Miró Marta en torno con ojos de espanto. ¿Qué sería? Semejaba aquel rumor un gemido humano. No alcanzaba á ver, sin embargo, á nadie.

Y de nuevo volvió al trabajo. A poco, áspero, sonó el mismo rumor seco, ahora con más fuerza. Parecía venir de muy cerca; sonaba á cuatro pasos, así como detrás de la pared del camino. Por si era algún perro que roncara al sol, junto al bardal, tiró una piedra. Nada.

Miró entonces á la senda blanca y polvorienta que se tendía á lo largo de la llanura, ascendiendo también en ziszás por la cuesta de la montaña hasta escalar la altura, donde se perdía serpenteante. Cobraron, entonces, sus ánimos entereza. Camino adelante divisó la caravana de camellos que venían del pueblo distante al cercano caserío. Tardos en el andar los animales, seguíanlos perezosamente los camelleros, á distancia unos de otros, callados, sin romper con cantares el silencio de aquella calma del aire luminosamente encendido.

Marta, más animada ya, preparó la primera tanda de ropa lavada para tenderla y que se secara, blanqueando, al sol. Pieza á pieza las fué colocando sobre el *tuneral*. En la mancha pardusca del campo era una fiesta de alegría aquel albor de la ropa limpia, húmeda.

Miraba Marta, atosigada por el sobresalto, hacia el camino, sin cesar en la faena. Ya sonaban cercanos los esquilones de los camellos, que continuaban marchando pausados, rítmicos y solemnes. Cuando se aproximaron, uno de los camelleros gritó desde el camino:

—¿Eh?.. ¡Marta!

—¿Qué? ¡Con Dios!

—Mira; llégate acá.

Curiosa de aclarar el misterio, con temores aún del espanto sentido, la moza llegóse á la cerca. Había hecho alto la pintoresca caravana y los camelleros, inclinados, voceaban detrás de la pared. Marta asomó la cabeza á ras de ella.

—¡Dios santo! ¡La vieja Micaela! No la había visto... Creí escuchar...

—Parece dormida, dijo uno de los camelleros.

—¿Dormida? Puede que desmayada, añadió otro; muerta de sed. ¡Con este *solajero!* ¡Si se asan hasta las piedras!

—¡Pobre!, gritó lastimada de pena Marta.

Y corrió al aljibe. Rápida llenó un balde y por el portillo salió al camino. Al sentir la vieja Micaela en los labios la frescura del agua, respiró penosamente y abrió los ojos. Sorbía con ansia, con una enorme codicia de sedienta.

Al reanimarse sonrió á la muchacha. Luego, como si la gratitud no pudiera mostrarla más que en lágrimas, sus ojos se humedecieron.

—Marta... Dios te lo pague y que te quieran los que quieres...

—Si no vale...

—El agua no es lo que se agradece.

—¿Pues qué?

—El corazón con que se da. Eres buena...

Marta quiso que se quedara la vieja allí hasta la tarde. ¡Seguir con aquel sol de bendición tan largo camino! No hubo medio. Tenía que llegar al caserío. Iba á ver á un hijo enfermo.

Y marchó con los camelleros, apoyada en su bácu-lo, renqueando al seguir el lento andar de los animales por aquel desolado camino polvoriento.

Marta volvió al trabajo. Soltó el agua sucia de la pila, que bien pronto halló cauce empapando la tierra reseca. Inquietos, sedientos, unos cuantos pájaros, abandonando la fronda del especiero, lanzáronse á la fangosa corriente, mojando el plumón en el agua jabonosa, con blando estremecimiento de alas. ¡Qué placer en aquella hora meridiana, de calor asesino!

Llena de nuevo la pila, Marta recomenzó la faena con ahinco. Quería darle un avance. Tardaba su madre en regresar del molino y le era preciso atender á algunos menesteres en casa. Y aún tardaría en volver la vieja Martina. Allá, distante, veíanse las aspas volteando con una pereza irritante. ¡Ni un soplo de viento! Allí, perezosa también, estaría la tolva dejando caer la molienda grano á grano.

De vez en vez Marta atisbaba, impaciente, la vereda del molino. Nada.

Grave, carleando, pasó por el camino un perro, mirando receloso á todas partes, como extraviado caminante. Tal vez huyera echado á golpes de un cortijo por ladrón ó quizás fuese un terrible merodeador de ganados, carnicero con las reses sorprendidas durante la noche en la paz del redil y llevase las garras ensangrentadas, señalando su fuga sobre el blanco polvo de la senda sin fin. Puede que fuera también algún abandonado, sin más asilo que el socaire de las paredes á orilla de todos los caminos. Tal vez huyese herido...

No ladró al pasar. Era un infeliz y tuvo por él piedades Marta. Llamólo á voces, y volvió la cabeza el mastín, extrañado, mirando con ojos curiosos. Como si ninguno de los nombres con que Marta lo llamara fuese el suyo, olvidado ya de la gente en el desamparo de su vagar constante, comprendiéndose extraño aun á aquel cariño de paso, siempre grave siguió andando, con tarda marcha, como quien no tiene rumbo fijo, ni tiene prisa de llegar á ninguna parte. Tenía todas las trazas de un perro mendigo. Y siguió.

A fuerza de puños ya llevaba Marta casi vencida la faena. Poco quedaba por lavar. ¡Y cómo, seca, blanqueaba la ropa tendida al sol! Recreábase mirándola y de pronto tembló. ¡Qué polvareda levantaba un rebaño, *acansinadas* las reses, arrastrando con fatiga las patas á lo largo del camino! Pasaría el hato por allí y ¡cómo iba á poner de polvo el albor inmaculado de la ropa! Apresurada fué recogiendo las piezas resecas, acartonadas por el calor. Pegábanse á las pencas del *tuneral* y necesitaba Marta tirar con fuerza de ellas para desprenderlas. Una sufrió un tremendo desgarrón. No tanta prisa. Iba á destrozarlo todo. A la postre consiguió recogerla. Pero, entonces, con sorda cólera, vió que el rebaño cambiaba de rumbo y por un atajo se corría, á campo traviesa, hacia el caserío. ¡Tiempo perdido! Casi lloró.

Era necesario recobrar lo perdido y tornó á la pila. Sin embargo, el azar en contrario disponía. Llegaba á la vera del aljibe Pancho, el viudo, llevando de la mano á su hijo. Daba pena ver á éste con su pañuelo negro anudado al cuello. También lo llevaba el padre. Prendas eran de luto.

—¿No das agua?

—Con gusto. Entren.

—Viene carleando el chico.

—¡Pobrete!

Ella misma sacó el agua y dió de beber al niño. Los ojos de éste miraron después á Marta, agradecidos.

La muchacha sintió una gran compasión muy adentro. Pancho era viudo hacía unos tres meses, y solo, sin ninguna familiar compañía, estaba con el pequeño en el cortijo que cultivaba á medias con el amo. Fué una gran desgracia la muerte de Clotilde. ¡Qué mujer aquella! Mejor era difícil encontrarla. Compadecían las desdichas de Pancho todas las buenas gentes del caserío y de las cortijadas circunvecinas.

Era una lástima ver al pobre chico, huérfano de maternal calor, cómo se quedaba todos los días á la puerta de casa, sin compañeros con quienes jugar, mientras Pancho estaba en la era, tristón, aburrido, quizás añorando en silencio los cariñosos mimos de la muerta. Cuando se pasaba junto á la cerca cortijera, á veces se le oía llorar humilde, y las buenas mujeres festejábanlo con palabras de consuelo y con frutos de los huertos en flor.

Marta experimentaba también una misericordiosa simpatía por la infelicidad de aquel hogar tan dolorosamente deshecho. Sí; era una gran desgracia la de aquellos dos seres condenados, en el desamparo de un cálido amor de mujer, á un largo sufrir, pasivos, resignados á las crueldades de la suerte.

Pancho, con voz mojada en lágrimas, contó la historia entera de sus desventuras. No había más remedio que llegar al último sacrificio. Era imposible que continuase viviendo el chico en la soledad del cortijo. Él no podía atenderlo. Menos mal ahora. Pero cuando llegasen los tristes días de otoño con sus lluvias y sus nieblas, entonces, al encontrarse solo, mientras Pancho barbechaba á distancia las tierras, la tristeza agobiaría horriblemente al chico abandonado en la desierta casa.

Aunque era vivamente dolorosa la separación, habíase decidido á llevar el chico al pueblo al cuidado de los abuelos. Iban ya de partida ..

—Es triste..., es triste..., repetía conmovida Marta.

—Y ahora lejos de mí..., ¡yo que le quiero tanto!

—¡Pobrete! También le quiero...

Las manos de la muchacha, con maternas suavidades, acariciaron el rostro tristón del chico.

—¿Lo quieres, Marta?

—Sí; casi tanto como su madre.

—¡Si quisieras serlo!..

Miráronse un instante. Pancho calló, sobresaltado de aquel dulce grito que le saliera, sin querer, del fondo mismo del corazón. Marta calló también; el mirar de sus ojos rastrearon por tierra y luego clavárонse en la adolorida cara del niño.

—Si así lo quiere. ., lo seré.

Lejos sonó un alegre ladrido. Era el perro que, por la vereda del molino abajo, anunciaba, retozón, el regreso al cortijo. Y la ropa lavada blanqueaba como una fiesta de color, sobre la pardusca mancha del campo, al tibio sol de la tarde.

Angel Guerra.

(Dibujo de Calderé.)

Barcelona.—Estatua alegórica para el monumento conmemorativo de la reforma de la ciudad, boceto de Rafael Atché

Barcelona.—Estatua alegórica para el monumento conmemorativo de la reforma de la ciudad.

Un hecho de tan extraordinaria importancia, cual lo es para nuestra ciudad la inauguración de las obras de la reforma interior, debía necesariamente interesar á nuestros artistas, atestiguando su deseo de aportar su valioso concurso en la transformación que ha de sufrir la parte antigua de la urbe, embelleciendo sus grandes vías y las nuevas edificaciones con las manifestaciones del arte. Rafael Atché, el laborioso é inteligente escultor, ha iniciado el movimiento, proyectando un bello monumento conmemorativo de dichas obras de reforma, cuyo comienzo inauguró el rey D. Alfonso XIII en su reciente visita á Barcelona, que su autor presentó al alcalde don Domingo J. Sanllehy y á la Comisión de Reforma, mereciendo de todos plácemes y elogios por la bella é inteligente interpretación de la obra.

El boceto que reproducimos hállase coronado por una hermosa estatua que simboliza á Barcelona; á los lados del pedestal hay la estatua de un heraldo portador de la enseña nacional y otra de un obrero, para demostrar la intervención del trabajo.

El escudo barcelonés y algunos atributos hábilmente agrupados, que adornan el pedestal, completan el efecto decorativo de la obra.

PABLO ANTONIO DE BÉJAR

Conocí á Pablo de Béjar el año pasado, en los días de su primera Exposición madrileña. Es rubio, fuerte, joven aún, y seguramente lo confundiríais al verle en la calle, en los paseos y teatros, sin todavía conocerle por su estimado nombre, con un militar ó más bien con un pacífico comerciante adinerado... No, no le imaginé yo artista la primera vez que le encontré en mis andanzas por Madrid.

Puede decirse que Béjar es pintor por casualidad. Su carrera la comenzó por bien distinto sendero del que conduce al Arte y á muchas millas de España, en Cuba, para donde partió siendo joven desde Cataluña, su país natal.

«Figúrese usted—me decía—que yo vivía en Colón pacíficamente con lo que ganaba en mi destino del Ayuntamiento. Jamás pasó por mi imaginación el conquistar ni nombre, ni honores, ni siquiera dinero. Y así sucedíanse los años en mi lugar, hasta que llegó «aquel del submarino» español, y al inventor de Isaac Peral, á su homenaje en Matanzas, debo ser pintor y gustar de otra vida más próspera y llena de ideales. Mi Municipio organizó unos festejos y mandó construir un arco de gloria donde debería colocarse en sitio de honor un retrato del noble marino. Terminada la obra de carpintería, súpose que en todo aquel pueblo no había unas diestras manos capaces de copiar al óleo la noble figura del marino inventor, y entonces yo, que era aficionado al dibujo, me ofrecí para hacer este retrato. Copié la faz de un buen grabado de Revista, creo que de «La Ilustración,» de Barcelona, y terminada mi obra quedó expuesta, llenando de orgullo á mis compañeros y jefes, que por esta pequeña labor me creían ya un genio al que era preciso alentar. Me pensionaron al instante y fuí á la Habana, donde tuve como mis primeros maestros á D. Miguel Merelo, director de la Academia de San Alejandro de Bellas Artes, y al señor Herrera, profesor de dibujo de la misma.

»Más tarde gané una pensión para Roma, y á Italia partí, donde estuve estudiando sin descanso y con gran fe la pintura al óleo con D. Luis Madrazo y D. Alejo Vera. Este último notable pintor, gran maestro mío, me aconsejó, al examinar un apunte á la acuarela que le presenté, que dedicara en lo sucesivo mis estudios y mis aficiones por completo á esta clase de pintura, que él aseguraba sentía yo bastante bien. Seguí desde aquel día su consejo é hice ya serios apuntes y retratos á la acuarela de sus modelos y de los míos.

»Pero entonces aún no ganaba yo dinero, y terminada la pensión de la Sociedad de Beneficencia Catalana de la Habana, vine á España, Barcelona, donde viví con estrechez cercana á la miseria. De esta época es si mal no recuerdo el cuadro que pinté para el Sr. Simón, que este buen aficionado aún conserva. Poco á poco me dí á conocer en la ciudad condal como retratista, y tuve la fortuna de acertar en los que hice á las bellas señoritas de Coll y de Dorda.

»En Cataluña decoré también las suntuosas moradas de los marqueses de Villanueva y Geltrú, de Alella y de los Sres. de Baumere.

»Después, amigos que vivían en Madrid me instaron á que viniese á la corte, donde encontraría más ancho campo. Y así lo hice, y con tal suerte, que á los pocos años de vivir en esta gran ciudad ya había retratado á las damas de más alta alcurnia.»

Guardó silencio el pintor y yo aproveché aquella pausa para contemplar sus obras. Había en el estudio hasta una docena de cuadros á punto de terminar. En todos observé las admirables condiciones de este gran artista. Dibuja Béjar como el mejor maestro; tiene gusto en el color, mucha delicadeza y combina con arte sin igual fondos espléndidos que firmarían sin titubear los más famosos pintores ingleses.

Los vestidos son en general claros; los sombreros grandes de moda que recuerdan los artísticos chambergos de largas plumas al viento, y para que la figura se destaque elegante, combina Béjar los colores verde, azul y rojo de la misma manera que lo hacían los pintores florentinos.

Del parecido de los retratos puede decirse lo que de los de casi todos los pintores españoles y extranjeros. Sueñan damas no muy bellas, y galanes no muy gallardos ni saludables, en que el pintor cambie por ensalmo sus rostros de cetrinos en rosados, de tristes en alegres, de fríos en expresivos.

Esta falta de aprecio artístico prueba la gran incultura de una época que ya estima más á un retocador fotógrafo que á pintores que saquen las almas en el retrato físico. Y constituye además un gran peligro para los artistas que al retrato se dedican y al que no siempre logran substraerse ni aún los que como Béjar están dotados de las mejores condiciones para el cultivo de este género de pintura.

Manuel Carretero.

El notable pintor retratista Pablo Antonio de Béjar y algunas de sus últimas obras

1. El pintor Pablo Antonio de Béjar. (De fotografía de Dalton Kaulak). – 2. S. M. la reina D.ª María Cristina en el taller de Béjar. – 3. Retrato de la esposa del artista. – 4. Retratos de los hijos de S. A. el infante D. Carlos de Borbón. – 5. Retrato de la Srta. D.ª Mercedes Coll. – 6. El secreto de Cupido. – 7. Retrato de la Excma. Sra. Condesa de San Luis. – 8. Retratos de los hijos del artista.

EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA

EN BIARRITZ

Pocos monarcas son tan aficionados á la *villegiature* como Eduardo VII. Actualmente, y desde hace un mes, hállase en Biarritz llevando en aquella hermosa playa una existencia más de particular millonario que de soberano reinante.

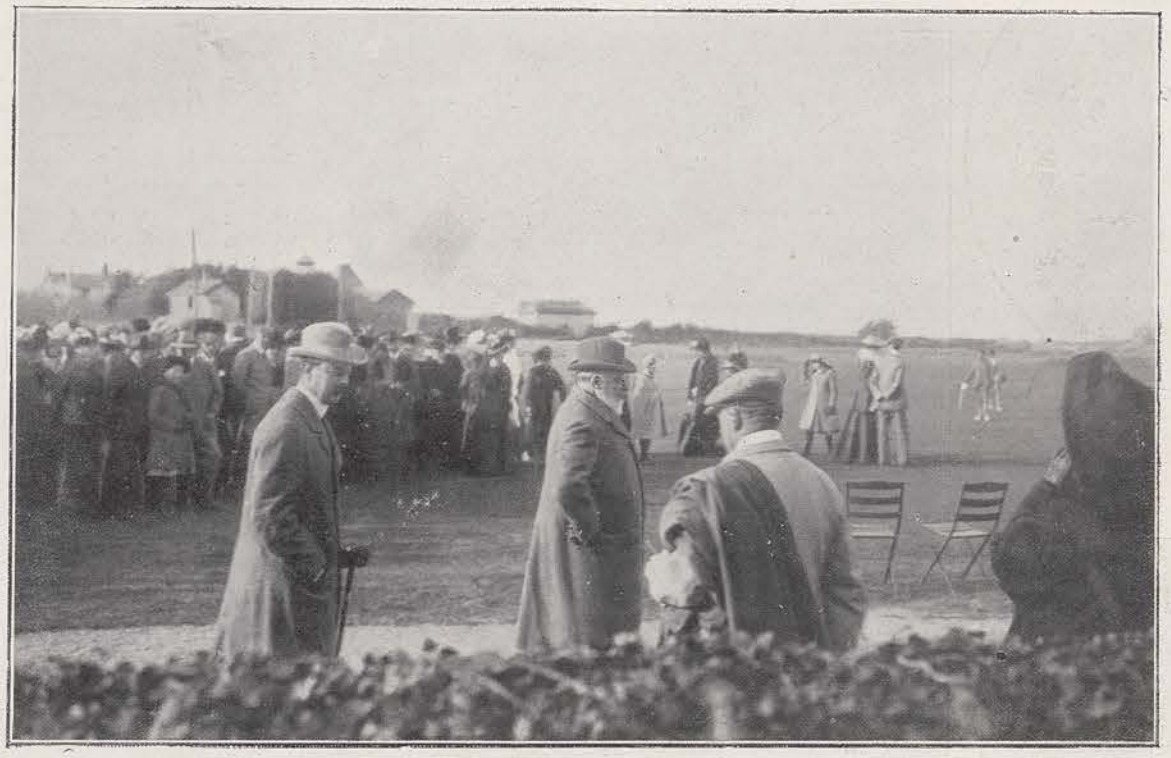
Unos días efectúa excursiones unas veces á San Sebastián, á San Juan de Luz ó á Bayona y otras á los sitios más pintorescos de aquella comarca.

Asiste á fiestas deportivas, como el *match* de golf entre los jugadores de Biarritz y los de San Sebastián; á expediciones cinegéticas, y á otros festejos, conciertos, banquetes, etc., en su honor organizados. Entre estas fiestas una de las más típicas ha sido la celebrada últimamente en Sare, de carácter regional, en la que se bailaron danzas vascas y se jugó un partido de pelota entre campeones franceses y españoles.

En San Sebastián recibió á una comisión del regimiento español de Zamora, del que es coronel honorario, la cual le hizo entrega de un riquísimo álbum.

Entre las visitas efectuadas por Eduardo VII merece especial mención, porque ella confirma hasta qué punto prescinde el soberano de toda etiqueta, la que hizo al eminente poeta Edmundo Rostand, el autor de la famosa comedia *Cyrano de Bergerac,* en su finca de Cambo.

Tan satisfecho está el monarca inglés de la estancia en Biarritz, que ha resuelto prolongarla hasta mediados de este mes.



Biarritz.—El rey Eduardo VII de Inglaterra en el gran concurso internacional de *golf.* (De fotografía de Carlos Trampus.)

PARÍS. — EXPOSICION DE PRODUCTOS

DE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS REGIONALES

Mientras las sociedades francesas *Federación regionalista* y *Renacimiento provincial* se consagran activamente aquélla al estudio de las doctrinas descentralizadoras y éste á la conservación y resurrección de los típicos y pintorescos trajes y cantos regionales, la *Federación de las sociedades provinciales* se ha propuesto agrupar y coordinar, secundándolos, los esfuerzos de las diferentes sociedades de este género existentes así en París como en provincias.

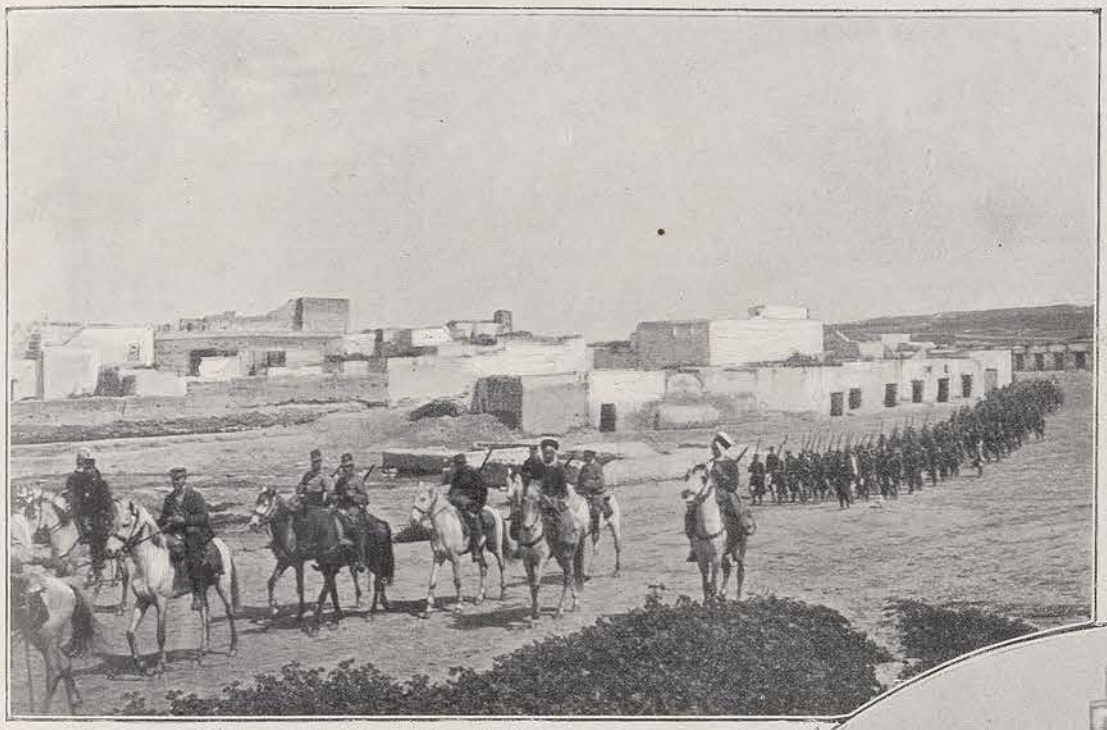
En cumplimiento de tan laudable objeto ha organizado recientemente en París una exposición de los productos de las pequeñas industrias regionales, que ha permanecido abierta tres días y que ha sido en alto grado interesante.

Explicando la idea que en esa exposición ha presidido, ha hecho su organizadora, Mlle. Bressac, entre otras las siguientes manifestaciones: «Nos hemos propuesto presentar, la industria regional en sus productos exclusivos de la comarca que representan, las pequeñas industrias locales, así las existentes como las pasadas; dar á conocer al pequeño artesano que confecciona una chuchería curiosa, la encajera que maneja en su casa, durante todo el día, los bolillos. Esta iniciativa puede dar excelentes resultados. La fábrica anónima, la gran fábrica que sólo toma de la comarca el terreno en que está construída, suplanta de día en día todas las pequeñas industrias locales; nuestro propósito es ayudar á éstas á que vivan, y al mismo tiempo resucitar las que han muerto, y para ello queremos dar á conocer lo que las unas producen todavía y lo que produjeron en su tiempo las otras.»—S.

París.—Exposición de Productos de pequeñas Industrias locales. Grupo de mujeres y muchachas vestidas con los diferentes trajes de las provincias representadas en la exposición. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

DE MARRUECOS.—Operaciones militares.—Negociaciones diplomáticas. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

Para desmentir las noticias propaladas afirmando que las tropas francesas habían cometido, después de los últimos combates, especialmente después del



Salida de las tropas francesas de Settat el día 13 de marzo, para emprender las operaciones contra los Ulad-Saíd, á quienes derrotaron el día 14

del día 15 de marzo, actos impropios de un ejército de una nación civilizada, el gobierno pidió al general d'Amade los datos necesarios. El general, con fecha 26 de marzo, ha manifestado que la artillería, el día 15, cañoneó los aduares enemigos, en donde se hallaban reunidos más de tres mil combatientes, sin que este ataque excediera de los límites normales y regulares de toda lucha y sin que hubiera de parte de los franceses desorden ni saqueo; añadiendo que las mujeres, los niños y los ancianos, cobardemente abandonados por los suyos, fueron recogidos por las tropas, lo mismo que los combatientes que se rindieron, y protegidos y auxiliados debidamente. Dice por último que mandó incendiar trescientas tiendas, no sólo como castigo, sino además para evitar que fuesen saqueadas, no por los soldados, cuya disciplina es perfecta, sino por los merodeadores que siguen á las columnas y á los convoyes.

El propio general, siguiendo su programa de pacificación, se internó últimamente en la región de los Medakras y pudo comprobrar que muchos contingentes de éstos, á pesar de haber sido abandonados por los Mzab, continuaban siendo hostiles á los franceses. D'Amade comprendió, pues, la necesidad de combatirlos á fin de poder atravesar su territorio y á este efecto envió contra los rebeldes algunas fuerzas de caballería, que sorprendidas al pronto por un contingente de 300 marroquíes, no tardaron en reponerse y en perseguir al enemigo hasta el límite de las tierras cultivadas. El combate, aunque en definitiva favorable á los franceses, debió ser muy reñido, puesto que éstos tuvieron ocho muertos y doce heridos.

Mientras las tropas francesas castigan á las tribus rebeldes, las mehallas hafidianas combaten sin compasión á las que hasta ahora se han sometido al general d'Amade. Así recientemente los Xiadmas se han visto atacados por las fuerzas de Muley Hafid al mando del gobernador de Azemmur Si Aíssi, habiendo perecido en la sangrienta acción que se trabó entre unos y otros contendientes el caid xiadma El Maíssi.

El diario parisiense *Le Figaro* publicó hace pocos días un articulo de uno de sus principales redactores que ha seguido todas las operaciones del general d'Amade y que en Rabat ha sido recibido en audiencia por el sultán. En él hay muchas cosas en extremo interesantes, algunas de las cuales valen la pena de ser transcritas. Abd-el-Aziz, después de probar que estaba perfectamente enterado de las operaciones francesas, se hizo explicar minuciosamente el sistema de combate de éstos y el plan que seguían al librar una batalla. Interrogado luego hábilmente por el periodista acerca de lo que opinaba de la intervención francesa, el sultán dijo que los Xauías merecían ciertamente el castigo que les han infligido los franceses. Y añadió después:

«Estoy muy agradecido al comportamiento del general d'Amade, cuyo modo de proceder es altamente noble y valeroso; sus soldados respetan á las mujeres, á los niños, á los heridos y á los muertos; todo esto está muy bien y aquellos de mis súbditos que tengan un poco de inteligencia comprenderán la bondad de esta conducta, la cual habrá de aproximarles necesariamente á los franceses.»

Mientras el general d'Amade continúa activamente sus operaciones militares, el general Lyautey y el ministro francés en el imperio marroquí M. Regnault

Casablanca. — Desembarco del general Lyautey, comandante de la división de Orán, y de M. Regnault, ministro francés en el imperio de Marruecos

Casablanca.—El general d'Amade con su estado mayor y el ministro M. Regnault, después de su desembarco

están trabajando diplomáticamente para llegar á la paz asentada sobre sólidas bases. Esta paz la desean así Abd-el-Aziz como Muley Hafid, aunque, por supuesto, cada uno de ellos en provecho propio, y la desea, en el fondo, la misma Francia, á la que, después de haber demostrado ante unos y otros el poder de sus armas, le conviene indemnizarse de los sacrificios hechos y ver premiados sus esfuerzos con la preponderancia que difícilmente podrá disputársele en Marruecos y con algunas compensaciones territoriales que de seguro consentirán las potencias, siempre y cuando se obtengan en forma que toda apariencia de conquista quede salvada.—R.

GITANA, cuadro de Torres Fuster. (Salón Parés.)

Recuerdo de la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII.—S. M. la reina D.ª María Cristina acompañando á la princesa Victoria Eugenia en el interior de la iglesia de San Jerónimo antes de la ceremonia religiosa. Cuadro de Julio M. Borrell destinado á la Exposición de Bellas Artes que en breve ha de celebrarse en Londres

M. LIPPMANN Y SU NUEVO DESCUBRIMIENTO

M. Lippmann, miembro del Instituto de Francia y autor de una serie de notables trabajos sobre la luz, entre ellos el famoso procedimiento de fotografía en colores llamado «de las interferencias,» ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias los primeros resultados de un método sumamente ingenioso llamado, al parecer, á realizar una evolución importante, casi inesperada, en el arte fotográfico.

En la actualidad, la fotografía de un paisaje lo reproduce desde un punto único y bajo el ángulo que abarca el objetivo, no apareciendo en ella la sucesión de perspectivas que nos ofrece la realidad y presentando el relieve de un modo imperfecto y á menudo falso, hasta el punto de que más que resultado de una visión directa, diríase que es producto de una asociación de ideas.

M. Lippmann ha encontrado el medio de obtener un positivo en cristal que nos da la sensación del relieve propia de las vistas estereoscópicas; y no sólo nos la da más exacta, sino que además la perspectiva cambia según el ángulo bajo el cual se mira el clisé.

Esta fotografía se obtiene sin objetivo y sin cámara obscura, sólo poniendo la placa en un *chassis* ordinario, colocando éste delante del paisaje que se quiere reproducir y destapándolo oportunamente.

Para llegar á este resultado, emplea M. Lippmann como placa una película de colodión preparada de manera que en sus dos caras presenta una red de semiesferas microscópicas (unas 25 por milímetro cuadrado) puestas unas enfrente de las otras, y cada una de las cuales forma un pequeño objetivo *gran-angular*. La película, en conjunto, viene á ser una especie de tablero de cámaras obscuras ó de ojos (cristalino y retina), que recuerda la red de ojos múltiples que constituyen el órgano de visión de los coleópteros.

No explicaremos el procedimiento por el cual se fija la imagen en esa película; nuestro único objeto es dar cuenta del descubrimiento. Los primeros clisés obtenidos por M. Lippmann son bastante imperfectos; pero el principio del método es cierto, y una vez abordado el problema y resuelto en parte, no será difícil llegar á una solución definitiva que abrirá nuevo y ancho campo á la fotografía y al mismo tiempo será un poderoso auxiliar del arte.

Enrique Lippmann, inventor del nuevo procedimiento para obtener, sin objetivo y sin cámara obscura, un positivo que produce en visión directa la impresión del relieve. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

EL PRÍNCIPE JAPONÉS KUNI EN BARCELONA

Con objeto de entregar á S. M. la reina D.ª Victoria Eugenia las insignias de la orden japonesa de la Corona, llegó á Madrid, el día 16 de marzo último, el príncipe japonés Kuni, primo del emperador. Alojóse en el Palacio real, en donde, el mismo día de su llegada, efectuóse la ceremonia de la entrega de aquella condecoración y se celebró un gran banquete de gala.

Durante su estancia en Madrid, visitó el príncipe el Museo del Prado, la Armería Real y asistió á varios teatros. Además realizó excursiones á Toledo y al Escorial.

Desde la corte marchó á Granada y á Sevilla regresando luego de incógnito á Madrid, en donde presenció una corrida de toros, y viniendo desde allí á Barcelona. Aquí permaneció sólo algunas horas que dedicó á recorrer la ciudad.

BARCELONA. – LA JURA DE LA BANDERA

(Véanse los grabados de la página 233.)

En la mañana del día 30 del próximo pasado, efectuóse con toda solemnidad y ante un numeroso gentío el acto de jurar la bandera los reclutas del último reemplazo. La ceremonia se celebró en el paseo de Gracia, en el cruce de la Gran Vía Diagonal, y consistió, como de costumbre, en la misa de campaña, la jura de la bandera y el desfile de las tropas por delante del Capitán general Sr. Linares.

En varias tribunas hallábanse los invitados, entre los cuales había el Gobernador civil, el Alcalde, el presidente de la Audiencia, el presidente de la Diputación provincial, el comandante de Marina, un representante del cardenal Casañas, senadores, diputados á Cortes, comisiones de concejales y diputados provinciales, cónsules, catedráticos y representaciones de varias sociedades locales.

Barcelona.—El príncipe japonés Kuni (×) **en los jardines del Parque.** (De fotografía de Brangulí.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— ZARAGOZA. – La Junta organizadora de la Exposición Mariana ha abierto un concurso para elegir un cartel anunciador de ésta. Las principales condiciones del concurso son las siguientes: el asunto será de libre elección, pero teniendo en cuenta el objeto á que se destina y que ha de poder colocarse en las puertas de los templos y en otros centros religiosos; el tamaño será de 53 por 152 centímetros ú otras dimensiones, siempre que resulte la misma superficie aproximadamente; el cartel habrá de llevar la inscripción «Exposición Mariana Universal-Zaragoza-1908,» quedando en él espacio para agregar algunas advertencias, y para su fiel reproducción no deberán ser precisas más que tres ó cuatro tintas; todos los modelos presentados podrán ser exhibidos en la Exposición Mariana si así lo acuerda la Junta organizadora; se concederá un premio de 500 pesetas al autor del boceto que se considere mejor ó más apropiado, pudiendo la Junta dejar de otorgarlo si los carteles no reunen las condiciones que, á su juicio, deben llenar; la Junta se reserva el derecho de hacer reproducir por cualquier procedimiento los carteles que crea convenientes, sin otra obligación que entregar á los autores cien ejemplares del cartel reproducido; los bocetos podrán presentarse hasta el 20 del presente abril en las oficinas de la Exposición Hispano Francesa (plaza de Aragón, 7, Zaragoza), ocultando los autores sus nombres, que entregarán en sobres lacrados, según costumbre.

BARCELONA.—En el Salón Parés han expuesto últimamente: Ivo Pascual algunos paisajes hondamente sentidos y perfectamente pintados; Cabanyes también varios paisajes bien observados y de acertada factura; y Galofre Oller un boceto de grandes dimensiones que representa al rey D. Alfonso XIII saludando en Montserrat la bandera del Bruch.

***

Espectáculos. — BARCELONA. – En el Principal se ha reproducido la bellísima tragedia sacra en cinco actos y quince cuadros de Angel Guimerá, con música del maestro Morera, *Jesús de Nasareth*.

Asociación Musical de Barcelona. – Esta asociación ha dado en el Liceo los dos últimos conciertos de la presente serie, que han sido dirigidos por el maestro Saint-Saens. El programa del primero se componía de las siguientes obras de Beethoven: Sinfonía n.° 3 (Heroica); *Leonora* n.° 3, Sonata n.° 18, obertura de *Egmont*, y Concierto en *do*, en el que la parte de piano fué ejecutada por Saint-Saens; el segundo ha sido dedicado á este último, de quien se ejecutaron *Jeunesse d'Hercule*, paráfrasis sobre *Enrique VIII*, *Septuor de la Trompeta*, preludio del *Diluvio*, Conciertos IV y V y la *Sonata de Chopin*, que tocaron á dos pianos Saint-Saens y el notable pianista señor Granados. En ambos conciertos alcanzaron grandes aplausos todos cuantos en ellos tomaron parte, pero muy especialmente el maestro Saint-Saens como director, compositor y pianista.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La Habanera*, drama lírico de costumbres castellanas en tres actos, letra y música de Miguel Laparra, y *Ghyslaine*, drama lírico en un acto, letra de Gustavo Guiches y Marcelo Frager, música de Marcelo Bertrand; en el Odeón *Ramuntcho*, comedia en cinco actos y once cuadros de Pedro Loti, con algunos números musicales de Gabriel Pierné, y que ha sido admirablemente puesta en escena; *Petite Hollande*, comedia en tres actos de Sacha Guitry; *La comedie des familles*, comedia en un acto y en verso de Pablo Geraldy, y *Le chauffeur*, comedia en un acto de Max Maurey; en Renaissance *La femme nue*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille; en el Chatelet *La revue du Chatelet*, revista en tres actos y 28 cuadros de Enrique Grosse y Jorge Nanteuil, música de Mario Baggers; en Marigny, á cargo de la sociedad «L'Oeuvre,» *Acquitté*, comedia en un acto de Camilo Antona Traversi, traducida del italiano por Lecuyer, é *Hypathie*, comedia antigua en dos actos y en verso de Pablo Bertalier; en Rejane *Qui perd gagne*, comedia en cinco actos de Pedro Veber, tomada de la novela del mismo título de Alfredo Capus; en Nouveautés *Occupe toi d'Amelie*, comedia en tres actos y cuatro cuadros de Jorge Feydeau; en el teatro Antoine *Les jumeaux de Brighton*, comedia en un prólogo y tres actos, adaptación de *Los Menecmos* de Plauto, por Tristán Bernard; en el Palais Royal *La poudre aux moineaux*, vaudeville en tres actos de Mauricio Desvallieres y Luciano Gleize; y en el teatro Moliere *Nos magistrats*, comedia en cuatro actos de A. Branche.

– En el teatro de la Corte de Viena se ha estrenado con muy buen éxito una ópera de Carlos Goldmark, *El cuento de invierno*, cuyo libreto, tomado de un drama de Shakespeare, es de Willner.

***

Necrología. – Han fallecido:

Roberto Bompiani, escultor y pintor italiano.

Luisa de la Ramée, novelista inglesa más conocida por el seudónimo de Ouida.

V. Zenger, célebre astrofísico y meteorólogo bohemio, inventor de importantes aparatos y autor de notables obras.

ALEGRE

Novela original de Gustavo Martínez Zuviría.—Ilustraciones de Cutanda. (continuación.)

El tío Jorge miró en la dirección indicada frunciendo el entrecejo

—Bueno, le dejaremos el que tiene, que me recuerda esa tierra querida que Dios sabe si volveré á ver. Hasta luego, chico, y no dejes que la mar te juegue otra como la pasada.

De nuevo la felicidad volvía á anidar en el corazón de Alegre. Privado de su *Gaviota,* parecíale hallarse encallado en la arena. El tío Jorge le regalaba una segunda *Gaviota;* ahora podría pasar cien veces el río, mil, si quería, para saber de su amiguita, sin pedir permiso á nadie y, sobre todo, sin descubrir el misterio de su corazón, que él creía impenetrable.

Dos días había pasado sin ir á la quinta; pero no dos días de veinticuatro horas, sino dos días de cien años cada uno, tanta era su impaciencia para volar á la otra banda.

En cuanto se vió solo corrió á la *Pequeña,* saltó á ella, acarició y besó sus bordas finas y lustrosas pintadas de un hermoso color gris perla, que la hacía parecerse mucho á la *Gaviota,* y la habló:

—Ahora, *Pequeña,* eres mía, ¿no?, y muy mía, porque el tío Jorge, el querido tío Jorge quiere que lo seas; ahora eres mía y de Margarita; ahora no te llamarás *Pequeña,* sino *Flor del aire,* como ella; debes estar contenta con tu nombre: tú serás buena con tu dueña, y cuando naveguemos en el riacho los tres, los cuatro con Tell, las mariposas se acercarán á verte porque irás linda con Margarita; «Flor del aire» en *Flor del aire,* ¿verdad que irás tan linda como la *Gaviota?*

Alegre besó de nuevo en la proa á *Flor del aire,* que es como si la hubiera besado en los labios, y de un golpe de remos se apartó de la orilla.

Flor del aire en el agua era tan gallarda como la *Gaviota.* Su joven capitán la contemplaba orgulloso. ¡Qué contenta se pondría Margarita cuando la viera! ¡Cuántos paseos darían á bordo cuando estuviera sana del todo, muy pronto! Eso sí, jamás se acercarían á la mar, esa mar hipócrita, pérfida y cobarde, que á no ser por el tío Jorge los habría engullido. En adelante siempre andarían en el río y siempre con permiso de padre Ludovico y de miss Fulton.

Alegre estaba seguro de conquistar con sus sonrisas y sus ruegos la voluntad de la inglesa, á quien de vez en cuando llevarían consigo en la *Flor del aire.*

Andando despacito, despacito, porque aún tenía los brazos doloridos, había llegado al fondeadero del *Relámpago.* Nada mejor podía hacer que desembarcar y correr á tomar lenguas de su amiguita, si es que no tropezaba con ella misma. En dos siglos de ausencia habría sanado del todo, como él, que hasta remaba ya.

Como lo pensó lo hizo. Atracó el bote, lo amarró al muelle y se internó entre las calles de árboles lujosos, donde tantas veces había perseguido con tesón las más lindas mariposas que pudieran valer á su amiga el perdón de una falta, de parte de su incorruptible profesora miss Fulton.

La puertecilla de la verja que ceñía el parque estaba cerrada; Alegre había llegado hasta ella á diez pasos de la gran escalinata; temblábanle las piernas de emoción y era todo ojos para saborear cuanto antes la deliciosa visión de «Flor del aire» si andaba por allí.

Pero no andaba: un jilguero basta para llenar de gorjeos un jardín, y el parque estaba silencioso.

¡Si estaría aún enjaulado! Alegre iba á saltar la verja cuando lo petrificó una aparición. No era Margarita; era la mismísima miss Fulton, al menos no podía ser otra aquella mujer altiva como un varejón de mimbre, desabrida y astringente como un trozo de alumbre y tiesa y planchada como un cartucho de porcelana, que acababa de surgir en el vestíbulo.

Y en efecto, era la inglesa, que venía á hacer sus visitas de inspección en el cuarto de Margarita.

Alegre, oculto detrás de una enorme *yuca* que junto á la verja alzaba sus carnosas hojas, contemplaba ávidamente la aparición, confrontando las descripciones de su amiguita con sus propias observaciones.

Miss Fulton había desaparecido en una habitación que daba al vestíbulo; era la de Margarita.

Alegre sintió un vivo disgusto. ¡Cómo era posible que aquella mujer tuviera la inmensa dicha de estar siempre al lado de la niña, y mirase con tan glacial displicencia eso que él habría comprado con un monte de oro más grande que el Peñón de las gaviotas!

Casi en seguida de desaparecer miss Fulton, apareció Clara.

La ocasión es calva. Ninguna como aquella para averiguar algo de la chiquilla. De un salto Alegre salvó la verja y de dos subió la escalinata.

—¡Alegre!, exclamó ella al verlo. ¿Eres tú, Alegre? ¿A que sé á qué vienes?

—¿A qué?, tartamudeó el muchacho, que puesto en la boca del lobo se sentía cobarde.

—A preguntar por Margarita, ¿no es cierto?

Alegre cerró los ojos.

—Sí, á eso. ¿Está ya bien del todo?

—Del todo precisamente no; pero le falta poco.

—¿Entonces, podré verla?

—¿Eres muy amigo de ella?

—Sí.

—¿La quieres mucho?

—¡Oh!, respondió el niño confuso.

—No tengas vergüenza, no te descubriré.

—Sí, sí, mucho.

—¿Y ella á ti?

—Yo no sé.

—Pues yo sí lo sé.

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿A que no adivinas cómo lo he sabido?

—¿Cómo? Yo no sé adivinar.

—Ella me lo dijo. Estaba dormida y deliraba y hablaba en sueños de un amiguito.

—¿De quién?

—¿De quién había de ser sino de Alegre? ¿Lo conoces?

Alegre sonrió.

—¿Pero usted no se lo contará á nadie?

—Si tú no quieres.

—No, ni yo ni Margarita.

—Entonces no lo contaré.

—¿Y no podré verla?

—Es muy difícil; está delicada: quizás le haría mal.

—¡Al contrario! ¡Sanaría!

—¿Cómo lo sabes?

—Digo, me parece.

—¿Y por qué te parece?

—Porque si yo estuviera enfermo y ella fuera á verme, yo sanaría, respondió Alegre cerrando los ojos.

—Sí, sí; yo también lo creo; pero es que ahora está en el cuarto miss Fulton; tú no sabes quién es la inglesa; anoche dijo que si te pilla te sacará los colores á la cara, si es posible que puedan verse, porque..., vamos, no te avergüences, Alegre, eres morenito, pero lindo de veras.

—¿Y dijo eso delante de Margarita?

—No; me lo dijo á mí sola.

El muchacho respiró.

—¿Y no podré verla después, cuando usted esté con ella?

—¿Tienes muchas ganas de verla? ¿Y si no la vieras más?

—¡Cómo!

—Si ella se fuera á Buenos Aires.

—¡Ay, Dios!

—No, no se irá, se apresuró á decir ella viendo el desconsuelo del muchacho. Acércate por aquí mañana á las ocho y la verás; á esa hora estoy sola con ella y te dejaré entrar. ¿Vendrás? A las ocho, ni antes ni después.

—¡Oh, sí! ¡Qué buena es usted!

—Me alegro; adiós, hasta mañana, no faltes; me voy porque tengo muchos quehaceres. ¡No faltes!

¡Que no faltara, cuando sólo la esperanza de verla lo llenaba de alegría, de una alegría ruidosa y explosiva que estallaba en gritos y piruetas y carreras á través del parque!

Su *Flor del aire* lo esperaba. ¡Su *Flor del aire!* ¡Cómo se alegraría Margarita cuando al siguiente día le contara la historia de ese nombre!

El capitán Alegre embarcóse, y como soplaba una dulce brisilla desplegó la blanca vela del bote y se dejó llevar mecido por los recuerdos de aquellos días en que los dos, sin más testigos que Tell, se contaban lo que las mariposas pueden contar á las flores.

XXXIII

EL ÚLTIMO BESO

Cuando Alegre volvió al fondeadero, encontróse al tío Jorge, que con dos hombres de tierra adentro se embarcaba en la *Bella Italia.*

—¡Eh, capitán!, ¿cómo se porta tu cáscara tu nuez?

—¡Es espléndida, tío Jorge! Mejor no podría ser, ni soñada.

—¿Sí?, me alegro: así sentirás menos tu *Gaviota,* y además conviene que los regalos salgan al gusto de uno, ¡tromba! ¿No quieres venir con nosotros?

—¿Y adonde van?

—A cortar leña; volveremos á la tarde; cuestión de pocas horas.

—¿Y podré ayudarles?

—Si ese es tu gusto..., aunque no han de estar tus ensambladuras bien calafateadas todavía. Sube, muchacho; por Ludovico y madre Marta no te aflijas: precisamente me encargaron que te llevara si querías; ya van para cuatro días que no sales del muelle ..

La lengua del viejo marino iba á despeñarse. Para evitarlo, Alegre saltó á bordo, amarrando á popa su *Flor del aire*.

La ancha vela de la *Bella Italia* se dió al viento, y la embarcación, temblando de gusto, dejó el muelle, navegando río arriba y llevándose á remolque el bote de Alegre.

Una de las industrias del tío Jorge era la corta de la leña con que abastecía el pueblo.

De cuando en cuando embarcábase con dos ó tres leñadores de tierra adentro que conocían bien el monte, y á algunos kilómetros de Cruz Chica, donde era más espeso, desembarcaban. La corta se hacía en la orilla, lo más cerca posible de la barca, para ahorrarse el trabajo de traer la leña de larga distancia.

El tío Jorge, como casi todos los del pueblo, era medio anfibio: manejaba el remo como el mejor remero del mundo, y revoleaba el hacha como el mejor leñador.

Alegre más de una vez lo había acompañado. También el negrillo cortaba leña que daba gusto verlo; pero aquel día, con las reliquias de la noche del Peñón, no estaba para darse esos lujos. Tampoco el tío Jorge lo hubiera dejado. Gracias que le permitiera guiar la embarcación, lo que el muchacho hacía como un lobo envejecido con la caña del timón en la mano.

¿Pero qué le importaba á él eso? Un par de hachazos más ó menos no iban á amenguar la felicidad que había inundado su alma con la sola esperanza de ver á la chiquilla á la mañana siguiente.

El tío Jorge, zorro viejo, no dejó de notar el cambio. Pocas horas antes aún estaba la linda carita del chico sombría, como si la nube de un pesar nublara el cielo de su alma.

—¡Malo!, había gruñido el viejo marino. ¡Mar de fondo, tromba!

Ahora no, ahora decía otra cosa. Bastaba mirarlo para adivinar en el brillo de sus parleros ojos la llama de un regocijo loco; el grumete estaba alegre, con esa alegría expansiva que le había valido el nombre que llevaba.

—¡Bueno!, se dijo el pescador. Ya despejan las nubes; buen tiempo, ¡tromba!

El joven timonel miraba al lobo de mar, que á su vez lo miraba á él. ¿Por qué lo miraría así? ¿De dónde aquella sonrisa que jugaba en sus labios?

El tío Jorge adivinó los deseos del muchacho. Acercóse á él, y afirmándose en la borda, le dijo:

—¿Quieres pasar un buen rato de conversación, Alegre?

—¡Cómo no! Si usted quiere.

—¿Qué te parece el día?

Cuando no se sabe cómo romper una conversación, la meteorología es un tópico muy interesante. Pero esa vez la pregunta del marino no era sin intención.

Alegre paseó la vista por el cielo. Estaba profundamente azul, pero manchado á trechos por nubes descabelladas que estiraban todas sus greñas hacia un punto misterioso del espacio. El sol brillaba limpio y radiante tiñendo de plata los cabellos de las nubes.

—¡Espléndido!, respondió Alegre.

—¡Ah! ¿Espléndido? Ya sabía que dirías eso: y no diré yo lo contrario; pero no te fíes: esta noche, con día espléndido y todo, tendremos fiesta.

—¿Sí? ¿Y por qué dice que sabía lo que yo iba á contestar?

—¿Estás alegre, no es cierto?

—Sí.

—Mucho, ¿eh?

—Mucho, si usted quiere.

—Pues ahí está la causa; por eso sabía yo que el día te iba á parecer espléndido, un día que no es más que uno de tantos limpios de ventolina y truenos como tenemos en el año. Apuesto lo que quieras á que esta mañana no pensabas lo mismo, y es que estabas triste, y ahora, como si te hubieran dado un chapuzón de dicha, estás alegre y con más ganas de jugar que un delfín.

Y era verdad. El tío Jorge tenía buen olfato.

—¿Y qué me dices de la chiquilla? ¿La has visto?

—Dicen que aún no está bien, respondió el muchacho; pero no la he visto todavía.

—¿No?

—Pero la voy á ver pronto.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Y le darás expresiones de mi parte? La quiero porque es linda como una aurora, y aunque no lo fuera la querría porque la quieres tú.

—Se las daré, tío Jorge.

—Aunque dudo, ¡tromba!, que ella sepa algo de mí.

—Es cierto, no lo conoce; pero yo le hablaré de usted, le diré que usted la salvó y me salvó á mí; ella lo querrá como lo quiero yo, y después, cuando esté sana, algún día pasearemos los tres en la *Bella Italia* ó en la *Flor del aire*.

—¿Sí?, preguntó el tío Jorge con un aire tal de duda que hizo impresión en el entusiasmado Alegre. ¡Ojalá Dios te oiga!

—¿Pero usted no cree que sanará pronto?, se atrevió á preguntar él en voz baja.

—No es eso; al contrario, quizás esté sana ya; no era el mal para tanto; y me alegro, porque si por mí fuera y lo necesitara cualquiera de vosotros, el cuero me sacaría yo para cubriros, ¡tromba!

—¡Oh, gracias, tío Jorge!

—Aparte de que Dios haría un milagro, si fuese preciso para dejarte contento.

La *Bella Italia* no perdía tiempo. Corría dejando atrás todos aquellos cuadros tan conocidos de Alegre. Mientras más avanzaba, mayores dificultades iba encontrando en remontar el río. Ya era un banco de arena; ya un islote, de que estaba sembrado su lecho; á veces eran algunos árboles volteados por el huracán y atravesados en el río. Pero siempre el tío Jorge, que había tomado el timón, buscaba un pasadizo y lo encontraba.

Poco más allá no fueron ni los árboles, ni los bajíos, ni los islotes los que saliendo al paso decían: «Aquí estamos, no pasarán de aquí.» Fué el mismo río, cuyo caudal de agua había disminuído á tal extremo, que la *Bella Italia* no encontraba bajo su quilla más de dos pulgadas de agua.

No era posible ni necesario avanzar más; el monte á una cuadra de allí era espesísimo; un caballo de esos que sólo sirven para arrastrar ramas aguardaba, amarrado á un árbol, á los leñadores. Así la tarea de llevar á la orilla la leña cortada sería más fácil; el cargarla era cuestión sencilla.

La *Bella Italia* se acostó á la ribera y todos echáronse á tierra provistos de sus hachas. Alegre iba á estar de mirón; no tenía herramienta. Felizmente para él había á bordo una hachita de abordaje que serviría á lo sumo para cortar la ramazón de los árboles derribados. Era tarea á que él podía dedicarse sin que se resintiera su casco, como dijo el tío Jorge al darle permiso para ello.

Pronto el monte se pobló del grato rumor de hachazos bien dirigidos. De cuando en cuando oíase la agria protesta de algunos de los gigantes de la selva, que se desgajaban crujiendo de dolor; y allí de Alegre, que se entregaba con fruición á la fácil tarea de mutilarlos con su hachita, privándolos de su ramazón, pompa y orgullo de su vejez.

Talas, cocos, algarrobos, ñandubays, todos buenos para el fuego, pagaron su tributo al tío Jorge, el mejor leñador de aquellos lados, que con media docena de golpes abatía al más robusto de los gigantes aquellos.

A cosa de las cinco de la tarde, cargada de leña casi hasta la punta del mástil, ciñendo al viento y ayudada por la corriente, la *Bella Italia* emprendió el regreso.

El descenso se hacía más rápidamente que la subida á pesar del viento, cosa que no disgustaba á Alegre, impaciente por respirar los aires que respiraba su amiguita.

Aún faltaba mucho; pero las miradas del muchacho estaban fijas en la quinta, cuyos primeros árboles se divisaban ya. Algo extraño debió ver, porque yendo á popa, donde estaba el tío Jorge, le dijo:

—Usted debe tener buena vista, ¿no?

—No tanto como la tuya; tú eres joven y yo soy viejo.

—Sin embargo, no alcanzo á distinguir aquello, y señaló hacia el parque; eso blanco, extendido á lo largo del río.

El tío Jorge miró en la dirección indicada frunciendo el entrecejo y sombreando sus ojos con la mano puesta sobre ellos.

—¿Qué es?

—No veo bien; toma.

Entregó el gobernalle á Alegre y se paró.

—¡Tromba! ¿Sabes que es el *Relámpago*?

—¡El *Relámpago*!, exclamó el muchacho parándose también. ¡Tiene razón, es el vaporcito! ¿Y á qué vendrá?

—Hombre, no se me alcanza, quizás... Vamos, no sé nada.

—¿Nada, nada?

—De cierto nada. Quizás haya venido á traer á la señora de Alvarado.

—¿Le habrán dicho que Margarita está enferma?

—No lo creo: la cosa no es para tanto.

—¿Y no habrá venido á llevársela?

El tío Jorge estuvo á punto de largar un «precisamente es lo que temo,» pero se mordió á tiempo la lengua, viendo la ansiedad con que el chico esperaba su respuesta, como la de un oráculo.

—No, no es posible, respondió; el aire del campo y más aún el de la mar, son los mejores médicos que yo conozco; ni en Buenos Aires los hay iguales.

No tardó mucho la *Bella Italia* en pasar frente al *Relámpago* amarrado al muelle. Nadie había en la orilla del río, y á bordo sólo el maquinista, que en aquel momento bruñía los herrajes de la máquina.

En cuanto la embarcación atracó al muelle de Cruz Chica, Alegre saltó á su bote y se disponía á cruzar el río, cuando oyó que lo llamaban. Era Toño que acababa de subir á la *Bella Italia*.

—¡Alegre!, le dijo.

El niño levantó la cabeza.

—Hace una hora que te buscan.

—¿A mí?

—Sí; no podía hallarte; en tu casa me dijeron que estabas en el monte.

—¿Y para qué me buscabas?

—Yo, para nada...

—¿Y entonces?, preguntó impaciente el muchacho.

—Te busca Clara.

—¿Quién es Clara?

—La mucama de Margarita.

—¡Ah! ¿Y hace una hora?

—Sí, tal vez más; y eso que me encargó que te lo dijera pronto...

Flor del aire huyó con su capitán veloz como una golondrina. En medio segundo estuvo del otro lado. Y sin embargo era lerda al lado del pensamiento de su dueño, que había hecho ya cien mil leguas de conjeturas, llenándose el ánimo de temores.

Esa tarde, cuando los rayos del sol que se acostaba entraban de lleno por la ventana del cuarto de Margarita, llenándolo de luz y de alegría, incorporóse en el lecho. Cualquiera la hubiera creído sana.

—Clara..., dijo; pero un estridente silbido que venía de afuera le cortó la palabra.

—¿Qué es eso?

—No sé; parece la sirena del *Relámpago*.

Era el vaporcito que entraba á toda máquina.

—¿Entonces, vendrá mamá?, preguntó la niña llena de alegría.

—Puede ser; no te levantes; espérame, voy á ver.

Margarita cerró los ojos y reclinó su rubia cabecita sobre las almohadas, mientras en sus labios aleteaba una sonrisa. Su mamá venía, estaba segura, la iba á ver después de tanto tiempo de ausencia; la esperanza la halagaba dulcemente y cerraba los ojos para que fuera el hermoso rostro de su mamá la primera cosa que vieran al abrirse.

Algunos minutos pasó así; cansada ya de estar en voluntarias tinieblas y temiendo dormirse, iba á abrirlos á hurtadillas, pero la detuvo el ruido de unos pasos. La puerta se abrió chirriando débilmente.

Entonces ella abrió los ojos y miró de golpe. Era Clara y nadie más.

—¡Oh!, exclamó con un mohín de disgusto. ¿Y mamá?

—No ha venido; creí que estabas durmiendo.

La chiquilla tuvo vergüenza de confesar su inocente juego.

—¿Y por qué está ahí el *Relámpago*?

—Ha venido á llevarte para que te vean los médicos.

—Pero si estoy casi sana.

—Mejor, así curarás del todo.

—¿Y cuándo me lleva?

—Mañana á las ocho; miss Fulton escribió á tu mamá; pero como ella no quiere volver á Cruz Chica, ha mandado el vapor.

—¿Y por qué no ha venido ella?

—Tonta; mañana es Carnaval; tu mamá no querrá perder los bailes.

Margarita cerró los ojos. Aquella diversión carnavalesca que le robaba á su mamá, parecíale un insulto: ¿acaso no valía ella más que todos los carnavales del mundo?

«Para Alegre sí,» pensó y no se atrevió á pensar que para su mamá...

Margarita sintió en el pecho un desgarramiento como si el alma se le rompiera con la ilusión de ver á la madre adorada que un momento acariciara. Sus lindos ojos se llenaron de lágrimas.

Clara comprendió el mudo lenguaje de aquel llanto.

—Dime, Margarita, ¿no te quieres ir?

La chiquilla pensó en algo que la hizo enrojecer, pero nada respondió.

—¿No te gustaría?, insistía la criada. ¿Por qué no te había de gustar?

—Pero si yo no he dicho nada.

—Dime la verdad; si ahora mismo quisieran llevarte, ¿irías contenta?

La niña no quería venderse, pero se vendió apremiada por las socráticas preguntas de Clara.

—¿No ves? Ya decía yo; pero ¿por qué?

Esto era lo más difícil de responder, no porque la chica no ardiera en deseos de hacerlo, sino porque tenía vergüenza, vergüenza de hablar, vergüenza de que descubrieran el tesoro que guardaba en su corazón. Había podido preguntar por Alegre tres días antes, cuando aún le duraba la emoción de la tremenda noche, pero ahora no, ahora no se atrevía ni á nombrarlo, y sin embargo... se rindió. Hizo señas á la criada para que se agachara y le dijo al oído:

—Quisiera ver á Alegre antes de irme.

—¿De veras? Pues me lo hubieras dicho antes.

—Es que como mañana me voy...

—Entonces lo hago venir ahora mismo, ¿quieres?

—El brillo que adquirió la mirada de la niña y el carmín que tiñó su frente respondieron mejor de lo que hubiera respondido ella misma.

Clara sonrió; conocía aquello. Recomendó que se estuviera quieta para que á miss Fulton no se le ocurriera acercarse, y corrió á hacer llamar al negrillo.

Del otro lado de la verja, en el parque, Toño conversaba con Andrés, el hijo del jardinero, novio de su prima, y á quien había ido á llevar sabe Dios qué mensaje.

—Toño, ¿quieres hacerme un favor?, preguntóle Clara acercándose.

—Sí; lo que usted quiera.

—Corre al pueblo y busca á Alegre; y cuando lo halles dile que lo llamo yo, que venga pronto, que es de apuro.

Toño, ilusionado con la esperanza de alguna golosina, no se hizo repetir el mensaje y corrió á llevarlo.

Clara volvió al lado de Margarita. La chiquilla, estirándose cuanto pudo, había tomado un espejito del tocador y con él sobre las rodillas pasaba un peine por su cabecita para domar la artística rebeldía de sus bucles. Quería estar linda, más linda que nunca, para despedirse de su amigo.

Y en verdad que lo estaba; sus angelicales facciones, afinadas un poco por la enfermedad, con el ardor de la fiebre, se teñían de un rosado que querrían para sus pétalos las rosas del jardín.

Clara descubrió los ardides de su inocente coquetería; la niña huyó del espejo avergonzada.

—Lo he mandado llamar, dijo la criada fingiendo no haber visto aquello.

—¿Y vendrá?

—¡Oh, sí!

—¿Pero vendrá pronto?

—Si se lo dicen pronto, estará aquí al momento.

Clara se arrimó á la ventana para espiar la llegada del muchacho; Margarita quedó mirándose en el espejo á hurtadillas y temblando de emoción á cada ruido de afuera.

¿Vendría ó no? ¡Oh, Alegre, si supieras con qué ansiedad te esperan, pedirías sus alas á las golondrinas para volar á calmar su impaciencia!

Pero los minutos pasan, y tú, Alegre, no llegas, y ella espera y tiembla y su corazoncito palpita con fuerza como si quisiera saltársele del pecho, al solo pensamiento de que los pasos que se oyen en el jardín sean los tuyos.

Pero no, no son los tuyos, porque el rumor de tus pasos no se siente; tú eres un pobre grumete y los grumetes van descalzos.

Y los minutos volaban y se juntaban formando cuartos de hora, y los cuartos de hora iban cayendo en el pasado, y se acercaba la hora en que miss Fulton vendría á leer sus soporíferos libros en inglés, al lado de la cama de la niña, con el santo propósito de que no olvidara lo aprendido.

Quizás el mensajero no había cumplido su misión. Pero no; tras media hora larga, cayó Toño jadeante por una rápida carrera.

—¿Le dijiste?, preguntóle ansiosa Clara.

—Si no pude encontrarlo.

—¿No? ¿Y dónde está?

—Se ha ido á cortar leña.

—¿Y volverá?

—Sí, pero á la noche.

Clara miró á Margarita. La niña había quedado desolada; un gesto de decepción plegaba su boquita graciosa; su lindo rostro se había nublado.

Toño salió. ¿Si habría perdido el viaje? Por si venía, fué á esperar al negrillo en el fondeadero; aún había esperanza de ganar lo que él mismo se había prometido.

¡Margarita!, ¡mi «Flor del aire!, te has ido...

¡A la noche, había dicho Toño, á la noche! Entonces no lo vería. A esa hora miss Fulton estaría leyendo sus interminables *Adventures of the Vicar of Wakefield*, y al día siguiente muy de mañana se iría quizás para siempre... ¡ay! sin verlo. Ahora sí que podía medir lo que quería al lindo negrillo; no lo quería, no, lo adoraba; y queriéndolo así, con toda su alma, iba á dejarlo allí, á mil leguas de Buenos Aires, para no volverlo á ver nunca, nunca...

La niña ocultó su cabecita bajo la almohada y se puso á llorar. Al verla, Clara tentó un consuelo.

—¿Sabes que no viene miss Fulton?

—Pero vendrá.

—¡Quién sabe! Ya es casi de noche, el sol se ha ocultado ya; y si Alegre hubiera vuelto, podría hacerlo llamar.

—Anda, Clara, que lo busquen; mañana me voy y...

No dijo más; llamaban á la puerta del vestíbulo; ya no era tiempo; miss Fulton venía.

Pero no era miss Fulton. Margarita casi dió un grito; era Alegre, que llegaba jadeante por la corrida que había dado.

—Alegre, hace una hora que te esperamos, entra.

El muchacho entró azorado, sin ver bien en la penumbra de la habitación. Clara, para precaverse de cualquiera visita intempestiva, corrió por dentro los pasadores de las dos puertas.

—¡Alegre, aquí estoy!, exclamó Margarita incorporándose á medias.

El chico, aturdido por aquella inmensa dicha, se acercó vacilante y se sentó en un taburete al lado de la cama, estrechando entre sus manos amorosas las lindas manitas de la chiquilla.

Alegre tenía mucho que contarle, y precisamente por eso las palabras se le atragantaban y no salían. Clara lo remolcaba de cuando en cuando. Por fin anduvo solo y empezó la historia de *Flor del aire*.

Pero de repente se calló todo tembloroso. Alguien había llamado á la puerta de un modo particular.

—¿Quién será?, murmuró Clara temiendo siempre á la inglesa.

Seguían llamando; no golpeaban, arañaban. ¿Quién sería?

—¡Si es Tell!, exclamó Alegre golpeándose la frente. ¡Lo hemos dejado fuera al pobre y quiere entrar!

Abrieron la puerta y se precipitó Tell en el cuarto, volando á recibir las caricias de su linda rival, á quien iba queriendo como á su amo.

Y Alegre pudo entonces continuar su historia, la historia de *Flor del aire*.

—¡Qué bueno es!, se decía la niña bañando con los rayos de sus ojos incomparables el rostro de su amigo, iluminado de lleno por la bujía que acababa de encender Clara.

Le tocaba el turno á Margarita. Muy tristes eran las cosas que ella le tenía que contar; se iba para siempre á Buenos Aires á la mañana siguiente.

—¿Te vas? ¿De veras?, preguntó ansioso el muchacho.

—Sí, Alegre; mañana me llevan.

—¿Y ya no te veré más?

—Yo no sé; si volviéramos, pero mamá no quiere.

—Se aburría, ¿no?, indicó amargamente el muchacho.

La niña no respondió. Los dos quedaron en silencio.

Alegre estaba aturdido. Sabía muy bien que Margarita no viviría eternamente en el *chalet*, que alguna vez había de irse á Buenos Aires, pero jamás se puso á pensar en ello por no acibarar su dicha; y ahora se la arrancaban, de pronto, sin avisarle. ¡Ay Dios! ¡Si no hubiera sido por aquella maldita aventura del Peñón!

¡Pobre Alegre! Se quedaría solo. Comenzaría de nuevo aquella existencia vacía de afectos ardientes, él, cuyo corazón tenía todo el fuego de los soles africanos, él que había nacido para amar con delirio como amaba á Margarita. La perdía y para siempre; no la vería más; no oiría ya su voz cariñosa, ni se volvería á mirar en el cristal azul de sus lindos ojos; y Julio..., aquel Julio que en días ya lejanos le había hecho sufrir tanto, la vería, jugaría con ella, la besaría quizás... Él vivía tranquilo antes de conocerla. ¿Para qué la conoció si se la habían de quitar? Una vez probado su amor, ¿cómo iba á vivir sin él?

El grumete se sentía aplastado. De pronto levantó la agobiada cabeza como si una extraña resolución se hubiera apoderado de él.

—¡Margarita!

—¿Qué quieres?

—¿En tu casa no necesitan un sirviente?

—No sé; yo creo que no; siempre hay; ¿por qué me lo preguntas?

—Porque..., Margarita, yo no quiero dejar de verte; yo quisiera vivir siempre á tu lado, porque si no te viera me moriría; quisiera... ser sirviente de tu casa...

—¡Alegre!, exclamó la niña horrorizada.

—Sí, quisiera serlo.

—Pero entonces yo no podría jugar contigo; mamá no quiere que juegue con los sirvientes.

—No importa, Margarita; aunque no me quisieras más; aunque me tuvieras odio, yo te querría siempre, siempre como ahora; y sería tu sirviente con tal de verte todos los días.

—No, no; yo no te olvidaría Alegre; pero mamá...

—¡Oh, tu mamá!

Lo que Alegre pensó decir no lo pronunciaron sus labios. Habían levantado el picaporte de la puerta que daba á la habitación de miss Fulton, y una voz colérica decía:

—¿Qué es esto? ¿Por qué está trancada esta puerta?

—¡Miss Fulton, Alegre!, balbuceó apenas Margarita.

El muchacho se levantó de un salto. Clara abrió la puerta del vestíbulo.

—Anda, Alegre, vete pronto, le dijo. ¡Se va á armar una... si te pillan!

El muchacho se inclinó hacia su amiguita.

—Adiós, Margarita, díjole.

—Adiós, Alegre, respondió ella con una voz dulce como una caricia.

Sus dos cabecitas se juntaron, besáronse en silencio, y Alegre salió de puntillas de la habitación, seguido de Tell, para quien no hubo ni una caricia, porque no había tiempo; miss Fulton insistía en su imperiosa orden.

—¡Oh, Dios! ¿Qué es esto? Clara, ¡abre pronto!

(Se continuará.)

DE MOMBASSA AL VICTORIA-NYANZA EN FERROCARRIL, por Carlos Allaud. *(Continuación.)*

Esta parte de Nairobi es la llamada ciudad de los *subordinates;* en cuanto á los *officials,* ó funcionarios superiores, tienen sus *cottages* en las colinas de los alrededores, en donde hay además los campos de polo, de tennis, etc., todo ello muy diseminado.

Aquellas colinas, situadas al Oeste y al Norte, sirven de fronteras de las tribus Masaís y Kikuyus que, aun siendo tan distintas entre sí, se confunden en el mercado de Nairobi.

Los Masaís, que hasta hace poco eran todavía el terror de las caravanas y de las tribus inmediatas, son nómadas, grandes criadores y ladrones de ganados que viven de sus rebaños... y de los de sus vecinos, y no practican ningún cultivo. Sus *kraales,* viviendas temporales, son construcciones primitivas, de forma anular, con la armazón de ramitas cubiertas de una argamasa hecha con barro y boñiga de vaca. En el centro del kraal hay un cercado en donde se encierran los rebaños durante la noche. Cada familia tiene su kraal y no hay allí aldeas.

Mujeres casadas y muchachas solteras en el mercado de Wa-Kikuyu
Las primeras llevan arracadas y brazaletes de cuentas; las segundas llevan en las orejas unos palillos

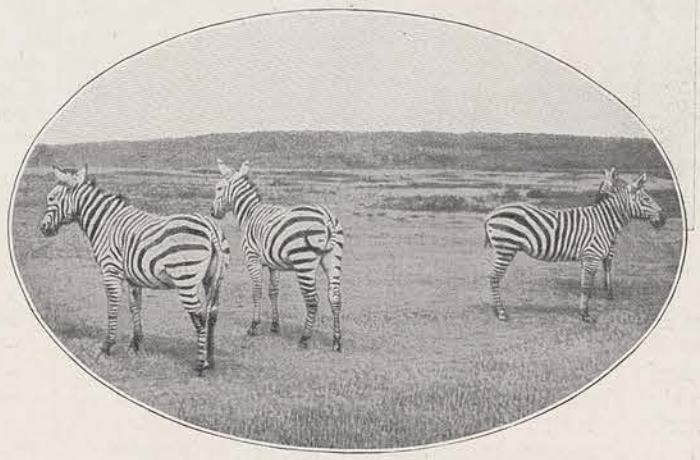
Los Masaís son altos y esbeltos, infatigables en la marcha y en la carrera, hasta el punto de que pueden andar en una noche 60 kilómetros llevando por delante el ganado robado; y para alimentarse durante el camino practican una ligera incisión en el cuello de alguna res y chupan la sangre sin interrumpir su carrera vertiginosa. Sus armas son la azagaya, el arco y las flechas, que manejan con rara destreza.

Los Masaís, entre los cuales es frecuente el estrabismo y abundan los ciegos á consecuencia de oftalmías purulentas, son de una suciedad indescriptible; todos carecen de incisivos inferiores, que se arrancan, como suelen hacerlo también otras tribus africanas. Los hombres llevan los cabellos largos y la cara sin pelo; las mujeres se afeitan la cabeza y las pestañas, y unos y otras tienen las orejas perforadas y se las adornan con todo lo que puede colocarse en ellas.

Las mujeres, desde muy niñas, usan brazaletes y aros en las piernas confeccionados con alambre grueso enrollado y que á menudo les causan heridas é impiden su crecimiento. Unicamente las mujeres casadas ostentan el gran collar de alambre tan característico. El traje de los varones consiste en un trozo de tela, generalmente muy corto, anudado al hombro; el de las hembras, en ese mismo trozo, pero muy largo, que les arrastra por el suelo, y en otro pedazo con que rodean su cintura. Y lo importante en ambos sexos es que esas prendas sean lo más harapientas posible. Los guerreros ó *morani* forman una especie de aristocracia y no carecen de cierto carácter cuando se cubren el rostro con su máscara de guerra y se ponen en los tobillos sus aros de piel con largos pelos.

Los Masaís se alimentan de leche y carne de buey, de cabra ó de carnero, no beben más que leche y agua, toleran admirablemente la sed y no conocen las bebidas fermentadas. Se sirven del perro de guarda y crían también unos borricos de raza pequeña, de color gris perla, que pueden estar varios días sin beber. Entre los Masaís, el matrimonio consiste simplemente en la compra de la novia y en el pago á los padres de ésta de un número convenido de vacas y de algunos metros de alambre para la confección del collar.

Los enterramientos son desconocidos; las hienas, animales sagrados que pululan en aquella región, se encargan de hacer desaparecer los cadáveres; de aquí que las denominen «las tumbas vivas de nuestros muertos.»



Cebras en la llanura Masaí, en los alrededores de Nairobi

Los Wa-Kikuyu, al revés de los Masaís, son sedentarios y agricultores y viven en aldeas ocultas en el bosque y rodeadas de setos impenetrables con una sola abertura, fácil de cerrar y de guardar, por donde los animales sólo pueden pasar uno á uno; los hombres tienen que agacharse para pasar por aquel corredor de ramas entrelazadas. Cada hombre lleva, además de la azagaya, un pequeño sable en una vaina de acero y una clava de madera dura.

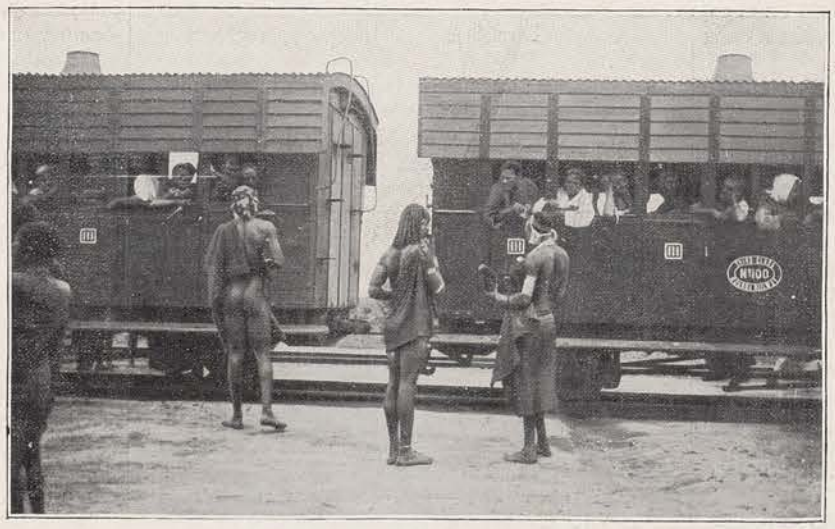
El traje es parecido al de los Masaís; el de los hombres se reduce á una pieza de tela anudada á la espalda; el de las mujeres es más complicado y consiste en un pequeño delantal y encima de éste una gran pieza de tela ó de pieles de cabra cosidas fijada en la espalda ó en la cintura y mucho más larga que la de los varones.

Los adornos difieren bastante de los de los Masaís. Para los hombres tiene gran importancia ensancharse el lóbulo de la oreja é introducir en él pedazos de madera y otros objetos del mayor diámetro posible; completan su atavío varios collares de cuentas de cristal y un cinturón del que cuelgan multitud de cadenitas de hierro que ellos mismos se fabrican.

Las mujeres también llevan numerosos collares y se enrollan en el brazo un grueso alambre, pero no con la profusión que se observa en las Masaís. En el pabellón auricular practícanse tantos agujeros como puede contener, y en cada uno de los cuales las muchachas solteras se ponen un palito bastante largo, que, al casarse, reemplazan con grandes aros de cuentas de cristal. El peso de estos aros, que han de ser muchos en número, desgarraría sus orejas si no estuviesen aquéllos sostenidos por algunas sartas de cuentas que pasan por encima de la frente.

Los hombres, en general, son de complexión recia, llevan alta la frente, tienen la mirada franca y no están desfigurados por cicatrices ni taraceas. Si dirigís la palabra á un kikuyu os contestará sin fórmulas exageradas de cortesía y os dará á comprender que habláis con un igual vuestro, con un hombre libre. El kikuyu siente un profundo desprecio por los negros de la costa, esos «burros de los blancos» que se dejan gobernar por los europeos y les hablan humillados como si estuviesen siempre dispuestos á recibir el puntapié del amo.

Entre los Kikuyus, como entre los Masaís, hay dos castas de hombres: los guerreros y los cultivadores. Los primeros, en tiempo de paz, no tienen más ocupación que presumir, para lo cual se adornan la cabeza con plumas de gavilán y se untan el cuerpo con una mezcla de ocre rojo y de manteca rancia. El único vicio del kikuyu es la embriaguez, y la bebida con que se emborracha es un brebaje fermentado hecho con caña de azúcar ó miel y que se denomina *pombe.*



Wa-Kikuyus vendiendo batatas cocidas á los pasajeros de tercera clase del ferrocarril de Uganda en la estación de Nairobi

También entre los Wa-Kikuyu es costumbre no enterrar los muertos. Cuando una familia advierte que uno de sus individuos está muy enfermo, un pariente lo lleva á un rincón solitario del bosque, construye para él una especie de choza y lo vela hasta que se muere; entonces lo abandona y á la noche siguiente las hienas dan cuenta del cadáver.

En esa tribu es muy común la poligamia, y en las aldeas de los jefes, como la de Kinandui, situada á dos horas de Nairobi, pueden contarse hasta sesenta viviendas,

ocupada cada una de ellas por una esposa del gran jefe. Algunas de esas mujeres son Masaís, pues los Kikuyus se casan á veces con mujeres de aquella tribu vecina, ya á consecuencia de *razzias*, ya en matrimonio regular. En cambio, los Masaís sólo se enlazan con mujeres de su tribu.

La región ocupada por los Wa-Kikuyus, que se extiende desde el monte Kenya á Nairobi y desde Kikuyu Escarpment hasta el límite de las selvas del Este y cuya altitud varía desde 1.600 á 6.000 metros, es en extremo fértil para los productos de Europa y de una salubridad para los blancos que no tiene igual en todo el continente negro.

Por esto desde que se inauguró el ferrocarril los colonos acuden allí en gran número y las concesiones se extienden ya sin interrupción hacia el Norte hasta bastante lejos de Nairobi. Desde este punto de vista está llamada, por consiguiente, Nairobi á un gran porvenir y actualmente los trenes, que antes bajaban vacíos á la costa, hoy van cargados con productos del territorio Kikuyu que se exportan en gran cantidad al Africa austral.

Expuestos esos pormenores sobre las dos tribus citadas, reanudemos el relato del viaje.

Tipo de hombre kikuyu

Tipo de mujer kikuyu casada

La región que á partir de Nairobi recorre el tren, es decir, el trayecto de Nairobi al Victoria Nyanza, en nada se parece al anterior, de Mombassa á Nairobi.

Al salir de esta última estación, el tren, dejando atrás las grandes estepas sin vegetación, entra en pleno país Kikuyu, poblado de árboles y de verdura y en el que á los animales de la inhabitada llanura suceden seres humanos y tierras cultivadas, que se atraviesan sin interrupción hasta Kikuyu-Escarpment, inmenso talud cubierto de bosques que forma el límite oriental de la gran depresión ó Rift-Valley. Aquellos bosques no tienen aspecto tropical, y la frescura que en ellos reina y las praderas que en ellos abundan, contribuyen á dar á esta región un aspecto europeo. El tren serpentea por entre los árboles y sube hasta una altura de 2.500 metros, para descender luego, desde la estación de Escarpment y siguiendo un trazado que ofrece al viajero un magnífico panorama, al valle del Kedong.

Con los bosques han desaparecido los Wa-Kikuyu y en la llanura reaparecen los Masaís con sus rebaños; y el tren, después de haber corrido al pie de un volcán extinguido, el Longonot, llega al lago de Naivasha, dominado al Este por un escarpado peñasco, en cuya cima está la residencia del *sub commissioner* de la provincia Masaí.

Esta enorme zanja que constituye el Rift-Valley tiene una anchura de 30 á 50 millas y es un fenómeno geológico interesantísimo. En efecto, según las observaciones de Thomson, completadas por Suess y Gregory, puede seguirse desde el valle del Jordán al lago Nyanza, en una extensión de más de 6.000 kilómetros, esta depresión debida á la acción volcánica cuyos vestigios se encuentran en una porción de conos de volcanes, algunos de los cuales exhalan todavía vapores.

Las orillas del lago Naivasha son pantanosas, pero pintorescas, y están cubiertas de gigantescos papirus, entre los cuales se agita una ruidosa población alada compuesta principalmente de patos y flamencos. El agua, potable, aunque algo salobre, hállase poblada de hipopótamos, pero no de cocodrilos, y los peces no están representados más que por una especie minúscula del género *heflocilus*.

Alrededor del lago extiéndese la gran región de los Masaís, en donde los primeros exploradores, como Fischer, Thomson, Gregory y otros, hubieron de vencer las mayores dificultades que les ofrecían los indígenas de aquellos territorios.

Esas dificultades hoy no existen, pero hace dos años en poco estuvo que no se reprodujeran, á consecuencia de la aventura sionista del *East Africa syndicate*, que se proponía fundar una gran provincia judía autónoma y al cual el gobierno inglés estaba dispuesto á ceder una vasta extensión de terreno en aquellas regiones, á pesar de los informes desfavorables del entonces *sub-commissioner* Mr. Baggie y de otras autoridades competentes.

Después del lago Naivasha, la vía atraviesa la depresión, pasando junto á los lagos Elmenteíta y Nakuro, cuyas aguas son más saladas que las de aquél y no son potables, y luego comienza la ruda ascensión del Maú-Escarpment, reapareciendo entonces los bosques y sucediéndose sin interrupción los barrancos y torrentes, que se cruzan por medio de ligeros viaductos, todos parecidos y de fabricación norteamericana, cuya construcción será célebre en los anales del arte de ingeniería por su baratura y por la rapidez de su instalación.

(Concluirá.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PECHO IDEAL
Desarrollo – Belleza – Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES
Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Venecia.—Entrevista de Guillermo II de Alemania y Víctor Manuel II de Italia.—Los dos soberanos dirigiéndose al palacio real
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Venecia ha recibido recientemente la visita del emperador de Alemania, á quien han acompañado en este viaje la emperatriz y los príncipes Augusto y Victoria. El rey de Italia se había trasladado previamente á dicha ciudad, y la presencia á su lado del presidente del Consejo de Ministros Sr. Tittoni y la del embajador alemán en Roma conde de Monts, han dado á esa excursión del *kaiser* una importancia diplomática innegable.

Venecia ha recibido á Guillermo II con gran entusiasmo y ha dispuesto en su honor algunos festejos, entre los cuales han sobresalido las magníficas iluminaciones de los canales, buques y góndolas. Desde la estación, dirigiéronse los soberanos al Palacio Real, en donde se celebró un almuerzo al que sólo asistieron el emperador, la emperatriz, los príncipes, el rey Víctor Manuel y sus séquitos, y terminado el cual hubo recepción de autoridades. Después trasladóse Guillermo II al yate imperial *Hohenzollern* y por la noche efectuóse en éste un banquete dedicado al rey de Italia. Al día siguiente, despidiéronse los dos monarcas, regresando Víctor Manuel á Roma. Por la tarde Guillermo II dió en su yate un te á las damas de Venecia y por la noche una comida á las autoridades.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN